

24  
2eje.

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**  
**Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán**

**PROGRAMA DE PERIODISMO Y  
COMUNICACION COLECTIVA**

**¡Hoy decimos basta!  
El Estallido del Movimiento Guerrillero  
en Chiapas**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

**TESIS QUE PARA OPTAR POR EL TITULO DE LIC. EN PERIODISMO Y  
COMUNICACION COLECTIVA PRESENTA EL ALUMNO MARCOS ROMERO  
MARTINEZ**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **DEDICATORIA**

A Marquitos,  
Amor que no requiere de adjetivos.

A Magui,  
Por lo vivido y lo que vendrá.

A mis padres.  
Con gratitud.

## **AGRADECIMIENTOS**

Este trabajo hubiera sido doblemente arduo sin la contribución de Ricardo Magaña, cuya insistencia en poner fin a lo inconcluso terminó por hacerme tener la *gardeliana* convicción de que 12 años no es nada. Con Jazek Hinz, también tengo una deuda que espero no me sea cobrada con intereses.

## INDICE

	PAG.
INTRODUCCION. . . . .	1
1. Llegaron los encapuchados . . . . .	17
2. Chiapas: Algo Falló . . . . .	29
3. La voz que no se apagará nunca más. . . . .	39
4. El zapatismo y sus antecedentes locales y nacionales. . . . .	53
5. Un mes que cambió la faz de México. . . . .	63
6. <i>El Comandante Sammy y la Teología de la Liberación.</i> . . . . .	81
7. El Subcomandante Marcos: villano admirado y héroe popular. . . . .	94
8. <i>Tierra y Libertad: una consigna vigente</i> . . . . .	108
9. Los errores y los horrores de la guerra. . . . .	119
CITAS BIBLIOGRÁFICAS . . . . .	133
BIBLIOGRAFÍA. . . . .	137
HEMEROGRAFÍA . . . . .	139

## **INTRODUCCION**

### **El Reportaje, herramienta idónea de la crítica social**

En épocas remotas que seguramente se diluyen en la noche de los tiempos, y mucho antes de que el mapa del mundo se pareciera un poco al que se observa en cualquier globo terráqueo de uso escolar, existían ya formas primarias para relatar noticias y hechos relevantes que podrían considerarse intentos elementales de reportaje, noticias, crónicas o simples relaciones de hechos parecidos a cualquiera de los géneros periodísticos que hoy conocemos.

Cuando se lee a Herodoto y su notable creación *Los 9 Libros de la Historia* probablemente se está frente a una de las primeras y más antiguas recopilaciones de reportajes.

El autor de Halicarnaso describe con una minuciosidad poco común algunas de las cosas que ha visto en sus múltiples viajes mezclando con frecuencia, como se sabe, los hechos reales con aquellos ficticios derivados tanto de su fértil imaginación como de las consejas y las creencias populares.

Herodoto ejerció de hecho un periodismo más interpretativo que informativo, pues sus relatos no eran informaciones escuetas y frías sobre los acontecimientos, sino narraciones que se aderezaban con la anécdota, el comentario, las opiniones autorizadas y hasta las entrevistas.

Herodoto quizá no se preocupaba mucho por verificar sus informes ni acreditar sus fuentes.

En uno de sus más sabrosos relatos, Herodoto cuenta lo siguiente:

"En el reinado de Atis, hijo de Manes, hubo en la Lidia una gran penuria de víveres; por algún tiempo los lidies lo pasaron con mucho trabajo; pero, como no cesaba, buscaron remedios y cada cual discurría otra cosa. Entonces se inventaron los dados, la taba, la pelota y todas las otras especies de juegos, menos el de damas, pues la invención de este último no se apropiaron los lidios. Como habían inventado los juegos contra el hambre, hacían así: jugaban un día entero a fin de no pensar en comer, y al día siguiente se alimentaban descansado del juego, y de este modo vivieron hasta 18 años". (1)

¿Se parece esto a uno de los modernos reportajes que se leen a diario en la gran prensa mexicana o extranjera? Probablemente no mucho, pero lo cierto es que hay un hilo conductor que enlaza a Herodoto con nuestros modernos periodistas especializados en el reportaje: ambos comparten la preocupación de recoger testimonios reales para intentar explicar los sucesos diarios, a los cuales necesariamente les tienen que dar un contexto y una interpretación.

En el trayecto se suele perder esa inasible virtud llamada objetividad.

Los modernos maestros del género --Wolfe, Reed, Capote o Benítez--- posiblemente no han incurrido en las fantasías o inexactitudes de Herodoto, pero aun con base en las técnicas perfeccionadas de investigación y descripción de los hechos no han dejado de buscar aquellas vetas inexploradas o perfiles novedosos e inéditos de lo cotidiano.

De toda esta reflexión se infiere que aun cuando el reportaje se presta para manejos diversos, se trata de un género que ofrece una vía de múltiples posibilidades de expresión, tan vasta que podría compararse al de la novela, con la diferencia de que se basa en hechos reales y no en sucesos ficticios.

A la luz de estos antecedentes ¿cómo se puede definir al reportaje?

Martín Vivaldi lo considera como un "relato periodístico esencialmente informativo, libre en cuanto al tema, objetivo en cuanto al modo y redactado preferentemente en estilo directo, en el que se da cuenta de un hecho o suceso de interés actual o humano". El autor prefiere no casarse con una sola definición y también lo describe como "una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor-periodista".

Para tratar de ser más explícito, Vivaldi señala que el reportaje es "todo trabajo informativo que no sea la estricta noticia, el artículo literario o de opinión o la crónica". (2)

Horacio Guajardo es menos difuso y ambiguo. A su juicio, el reportaje es "una investigación" que incluye "noticias y entrevistas". En suma, "constituye el examen de un tema en el que se proporcionan antecedentes, comparaciones, derivaciones y consecuencias, de tal manera que el asunto queda tratado con amplitud, en forma cabal". (3)

Con un ánimo de mayor precisión, Guillermina Baena concibe al reportaje como "el género más completo del periodismo" porque "además de contener las dimensiones de la noticia" tiempo y espacio, tiene una más: la profundidad".

La estudiosa opina que el "reportaje es el género periodístico que llega al cómo y al por qué de los hechos por medio de una investigación" y "su propósito es contribuir al mejoramiento social" por lo cual en este género "está el futuro del periodismo escrito". (4)

Una definición más sistemática la aporta Máximo Simpson, para quien el reportaje por lo menos contiene 5 elementos: 1) Representa una investigación; 2) Proporciona antecedentes, comparaciones y consecuencias; 3) Se refiere a una situación general de carácter social, aunque parta de un hecho particular; 4) Incluye análisis e interpretaciones; 5) Establece conclusiones. (5)



Las definiciones podrían multiplicarse *ad infinitum*. Para ensayar una definición de reportaje se podría decir que se trata de algo más que la simple narración de las noticias, para penetrar en un esfuerzo de interpretación basada en la observación y el análisis en función de una metodología seria y rigurosa, para lo cual echa mano de todos los géneros.

Aquí se pueden mencionar tanto a los llamados informativos, como los de opinión, a saber, la nota informativa, la entrevista, la crónica, la crítica, el editorial, la columna y el artículo de fondo. Sin tratar de colocar al reportaje en el pináculo de los géneros periodísticos, es válido aceptar que se trata de la forma más acabada de hacer periodismo.

El reportaje está a media distancia entre el periodismo y la literatura, pero debe mezclar lo mejor de ambas formas de expresión. Es decir, sin perder su objetividad y su apego a la sustancia de los hechos, es válido que el periodista dedicado al reportaje haga uso de un lenguaje elegante y hasta cierto derroche de lirismo, sin perderse claro en los vericuetos del formalismo estilístico.

Por ello, para poder ejercitarse en el reportaje, se deben conocer perfectamente los géneros más simples, como la nota informativa y la entrevista.

Esto es un poco lo que Paul Scanlon llama "penetrar en el flujo mental" de las personas después, para lo cual primero se deben dominar "los principios básicos del bien escribir y el bien informar".

"Desgraciadamente -se lamenta Scanlon- muchos escritores jóvenes de los últimos 10 años han intentado dar un salto cuántico *de la A a la Z* sin detenerse a considerar lo que hay en medio". (6)

No es que el reportaje sea un género reservado a un selecto club de iniciados, sino que para ser un buen exponente de esta forma de hacer periodismo se requiere de una vasta experiencia, una amplia cultura general y un dominio del idioma casi tan respetable como el de un literato.

Estas, sin embargo, no son cualidades que abundan y por ello sucede que quien trata de cultivar el reportaje, con frecuencia cae en la superficialidad, en el sensacionalismo, en el uso de lugares comunes y en el abuso de citas textuales.

Scanlon considera que ésta ha sido la razón de la sepultura de la llamada *prensa underground* que "nació con muy buenas intenciones, como reacción ante la hipocresía y la represión originadas por una guerra injusta.

"Durante un tiempo -recuerda- se convirtió en una importante fuerza social para los jóvenes de este país (Estados Unidos), que penetró en sectores que la "prensa tradicional" por inercia o por compromiso, ignoraba en términos generales. Ayudó a elevar la conciencia de una generación, pero no logró regular la suya propia. Las diatribas empezaron a sustituir progresivamente a la información; los hechos se oscurecían, se retorcían o se ignoraban descaradamente. No se hacía, por regla general, ninguna corrección. Los artículos, en su mayor parte, llegaron a ser ilegibles. Su contenido, increíble. Las publicaciones alternativas (léase, *no underground*) que empezaron en ese período y sobreviven hoy, lo lograron ateniéndose a las normas básicas del buen periodismo y a la certeza de que no se puede engañar a mucha gente mucho tiempo". (7)

La fiebre del periodismo *underground* demostró, entre otras cosas, y puesto que el reportaje fue una de sus principales formas de expresión, que éste es un género difícil de dominar, porque se presta al abuso de la forma y también a la ideologización del tema.

Si, por ejemplo, se insiste en la narración, se convierte en una crónica. Si el periodista enfatiza en exceso en la difusión de datos, deviene en un tedioso balance numérico. Si exagera en la conceptualización, cae en el terreno de un ensayo. También existe la tentación del reportaje desmedidamente descriptivo. Entonces, puede parecer demasiado novelesco y perder su valor informativo y noticioso.

El equilibrio es la palabra clave para hablar de un reportaje completo, una pieza maestra del tipo de *A sangre fría*, de Truman Capote, o *Diez días que conmovieron al mundo*, de John Reed, si bien hay quienes consideran que estas obras no encajan dentro de la definición de reportaje.

En realidad, si aplicáramos estrictos cánones academicistas a los grandes reportajes de la historia moderna, tendríamos que descartar muchos ejemplos. *México Insurgente* podría catalogarse más como una crónica que como un reportaje. *Los Indios de México* en estricto sentido sería una investigación antropológica, pero basta leer el primer capítulo, donde se incluye una entrevista con el obispo Samuel Ruiz y una crónica de los tzotziles de San Juan Chamula, para comprender que es ante todo un reportaje.

En cuanto a la vieja polémica de si el reportaje es un género informativo o debe clasificarse como un género de opinión, es más válida la opinión ecléctica que concibe a esta modalidad de periodismo como un género mixto.

Independientemente de esta dualidad, uno de los atributos indispensables de todo reportaje es que sea de interés humano. ¿Cómo lograr esto último? A decir de Baena, el "secreto" radica "en la imaginación creativa del reportero". (8)

El interés humano también implica enriquecer el reportaje con testimonios de seres "de carne y hueso" y no sólo de líderes de discurso engolado, intelectuales afectados o autoridades que repiten frases prefabricadas.

Por ello, la *vox populi* es indispensable al desarrollar cualquier tema en una investigación periodística. Actualmente, como dice Gabriel García Márquez, lo que más le interesa a la gente es aquello que le sucede a la otra gente.

Desde esta perspectiva, el reportaje es un vehículo idóneo para reflejar en toda su profundidad el gran drama de la vida en sociedad, que en el fondo se compone de pequeños dramas humanos.

Así, un reportaje puede tener una excelente estructura, estar construido con un lenguaje rico, preciso y elegante, emplear un equilibrio en la información, la crónica y las entrevistas, pero si carece de conexión con la realidad, es decir, si no tiene interés humano, no es realmente válido.

El reportaje es quizá el vehículo natural de la denuncia y el conducto para reflejar las dolencias y lacras de la sociedad y su entorno, no sólo con el mero afán de exhibirlas, sino con el propósito ulterior de sensibilizar a las personas y movilizarlas para presionar hacia una solución a quienes tienen el poder para atender esas necesidades.

El reportaje es -debería ser- un instrumento indispensable de la crítica social. Esta afirmación no debe tomarse con propósitos de definición, sino como un elemento más que ayude a entender el trasfondo de este género periodístico.

Pudiera objetarse que la crítica social se puede hacer mejor a través del artículo, la columna o el editorial. Ciertamente, pero el reportaje permite hacer una crítica más equilibrada y basada en fuentes comprobables.

Un artículo, un editorial o una columna, si no están debidamente sustentados, pueden quedarse en simples chismes, comentarios al vuelo o expresiones líricas y subjetivas que reflejen sólo los intereses o las inclinaciones personales del autor.

La crítica, en cambio, se vuelve mucho más rica y más impactante, si en ella se confrontan opiniones, estadísticas, descripciones, anécdotas y relatos que reflejen el punto de vista de los actores ubicados en distintos ángulos del espectro ideológico o examinen *in situ* la problemática abordada.

La idea del reportaje como vehículo idóneo de la crítica social es la que justamente inspiró la realización de la tesis que se presenta en las siguientes páginas.

Es cierto que frente a un hecho tan impactante como el levantamiento armado en Chiapas no puede ser abordado cómodamente cuando los acontecimientos todavía se están desarrollando.

Por ello, se procuró delimitarlo desde el estallido de la insurrección --considerando aquí sus amplios antecedentes a nivel local y nacional y desde un enfoque económico, político y social-- hasta antes del inicio del diálogo entre las partes, con la mediación del obispo Samuel Ruiz.

Los 9 capítulos se organizaron en función de un esquema simple, basado en 5 aspectos principales:

- 1) El contexto o ambiente que rodeó el estallido del levantamiento.
- 2) Los antecedentes, primero que nada el económico, después el social concretamente en Chiapas, luego el nacional y por último el local.
- 3) La situación prevaleciente un mes después de estallado el conflicto, puesto que se trata de un indicador temporal muy común para efectos de análisis.
- 4) Los protagonistas del conflicto, entre los cuales sólo se toma en cuenta a los dos más significativos y que antes del levantamiento tenían poco o ningún peso específico, es decir, el subcomandante Marcos y el obispo Samuel Ruiz.

5) Las dos grandes problemáticas del conflicto, es decir, la reforma agraria, considerado el verdadero *leit motiv* de la guerra y los errores y los abusos en que incurrieron las partes confrontadas.

El esquema, en realidad, trató de organizar de la manera más sistemática posible un problema con amplias dimensiones y repercusiones políticas y sociales.

Es sabido que al despuntar 1994, los mexicanos nos despertamos en otro país. La frase parece un poco desgastada y no pretende ser un hallazgo literario. Sencillamente quiere denotar que la conciencia social de México fue sacudida totalmente. Se cimbró también todo el edificio político del país.

La estructura autoritaria, pero paternalista vigente desde 1929 --¿una democracia dirigida, una dictablanda, una dictadura perfecta, una democracia imperfecta?-- que en todo caso combinó el estado de bienestar con un férreo control de las elecciones, mostró su agotamiento.

Era ya un esquema caduco que no encajaba bien con una sociedad civil cada vez más madura y exigente. Era, haciendo un parangón bíblico al que apeló con mucha recurrencia el obispo de San Cristóbal de las Casas, Samuel Ruiz, como poner un "remiendo nuevo en un vestido viejo" o como vaciar "vino nuevo en odres viejos".



El vino pronto se escurrió por los agujeros del odre y el vestido raído y desgastado se rompió por la presión del parche nuevo.

Aún cuando se veía difícil que un pequeño ejército irregular, cuya base de operaciones se había circunscrito a una parte de la selva y de la montaña en el nororiente de Chiapas, pudiera vencer en el campo de batalla a una fuerza armada de unos 180,000 hombres bien entrenados y alimentados, no era impensable que pusiera en jaque al gobierno empleando la vieja táctica de la "guerra de guerrillas".

La insurrección zapatista quizá no fue como exageradamente dijeron algunos, la última revolución del siglo XX o la primera del siglo XXI, pero de alguna forma fue una revuelta diferente. Ocurrió después de la guerra fría, cuando se pensaba que en un mundo unipolar, con un Tío Sam victorioso, difícilmente podrían suscitarse movimientos armados de índole izquierdista, puesto que sus fuentes de inspiración se hallaban ya fuertemente cuestionadas.

No era una guerrilla de corte tradicional, basado en la ideología marxista-leninista ni en el esquema maoísta de la movilización campesina que toma las ciudades. Era una gran revuelta popular con demandas bien definidas que incluso no preconizaba la "aniquilación" del orden establecido, sino sólo una transición democrática, una reforma agraria a fondo y una autonomía real de las etnias mexicanas, entre otras demandas. Era, en todo caso, una guerrilla reformista, si se permite esta licencia conceptual ciertamente *sui géneris*.

En realidad, si no por sus métodos, sí por sus causas, la guerrilla zapatista pronto ganó adeptos y los insurgentes fueron vistos con simpatía por parte de algunos sectores.

Esta tesis fue escrita al calor de los acontecimientos y cuando apenas estaba por iniciarse el proceso de negociaciones entre el gobierno y el EZLN.

Como es evidente, carece de la perspectiva que sólo brinda la lejanía temporal de los acontecimientos. La valoración de lo sucedido, en función de los hechos inmediatos, tiene que tomarse con algunas precauciones y, desde luego, habrá de matizarse y hasta modificarse a medida que el proceso del conflicto evolucione en sus diferentes etapas.

Sin embargo, fue pensado sólo como un catálogo que recogiera los primeros testimonios de un suceso que aún cuando no sea --como señalaban algunos exaltados-- el conflicto social más importante de este siglo en México después de la Revolución de 1910, si había de ser un hecho de gran envergadura que marcaría una impronta en la historia moderna del país. Este trabajo pretende constancia de hechos y detalles, de esos pequeños dramas que configuran las grandes tragedias y en todo caso pudiera servir como una referencia para hacer un análisis más amplio de lo que pasó en 1994.

Es un testimonio primero que nada periodístico basado en parte en informaciones recogidas en el terreno y con base en las experiencias obtenidas durante la cobertura de los acontecimientos.

No tiene, en consecuencias, pretensiones academicistas, porque un mayor rigor sólo es posible si se tiene un mayor margen de análisis, que exigiría además un tiempo razonable de lejanía temporal de los sucesos.

Historiadores y sociólogos, antropólogos y politólogos harán en su momento la parte que les corresponda para reconstruir el rompecabezas de los acontecimientos en Chiapas. Sirva, en tanto, como un primer intento de desenredar la complicada madeja de la problemática que se presentó en una convulsionada zona del país, habitada por los "pobres entre los pobres", los olvidados de siempre que, un mes después de haber iniciado las hostilidades, ya habían ganado la guerra , al menos en el plano político.

Lo habían hecho sobre todo al orillar al gobierno a cambiar sus formas y usos políticos en una proporción mayor a lo que logró en décadas la oposición legal.

El EZLN abrió la conciencia y los ojos de un país ensimismado e hipnotizado por su ciega admiración hacia el primer mundo. Aquellos hombres con pasamontañas y paliacates en el rostro nos devolvieron a nuestra propia realidad, haciéndonos ver que no podíamos aspirar a integrarnos al primer mundo hasta no pagar la cuantiosa deuda existente con aquellas masas sumidas en una miseria de siglos.

La figura de Zapata, como se pudo comprobar, no murió en Chinameca. Su fantasma se volvió a aparecer a los herederos de Carranza. ¿Cómo se podía hacer para exorcizarlo para siempre?

Esa era la gran incógnita al iniciarse el diálogo directo entre el gobierno y el EZLN. El nudo gordiano del conflicto no era fácil de desatar. El peligro latente en estos aciagos días era que se recurriera a romperlo con la espada, como lo hizo Alejandro Magno.

## 1. Llegaron los encapuchados

*"Si el gobierno no pudo con un tapado, menos podrá con cientos de ellos".*

Diego Fernández de Cevallos

Al principio era como un murmullo, como el sonido de una creciente de río. Después se convirtió en un rumor. Finalmente se oyeron voces, gritos y un ensordecedor ruido proveniente de la plaza principal de San Cristóbal de Las Casas.

Los vecinos no notaron nada raro al principio. Eran los primeros minutos de 1994. Las fiestas de fin de año por lo regular se prolongan hasta el primero de enero. "Serán algunos borrachos", comentaron algunas personas aún despiertas después de la pantagruélica cena, el vino a raudales y todos los ingredientes del jolgorio.

Algunos habitantes de la zona céntrica se asomaron por las ventanas de sus casas y no podían creer lo que veían: frente a sus ojos desfilaban decenas, tal vez cientos de indígenas armados, algunos de ellos con la cara cubierta a la mitad por un pañuelo, otros con pasamontañas, avanzando hacia el kiosko de la plaza principal.

Pronto se esparció la versión de que algo extraño estaba sucediendo. Aún no clareaba del todo, pero ya la mayoría de los 90 mil habitantes de San Cristóbal, una tranquila ciudad de Los Altos de Chiapas, que era considerada un verdadero paraíso para miles de europeos que año con año la visitaban o se habían radicado ahí desde hacía tiempo, las cosas estaban claras: un grupo armado había tomado la ciudad.

Escenas similares se vivieron en otras ciudades y poblaciones aledañas: Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas.

Era como la una de la mañana cuando uno de los hombres mejor informados de la ciudad de San Cristóbal, el abogado y periodista Amado Avendaño Figueroa, director del diario *El Tiempo*, un periódico local que subsistía en condiciones muy precarias, editando un rotativo de 6 páginas, escuchó el timbrar del teléfono.

- Licenciado, están entrando unos hombres armados por el barrio de San Ramón-, dijo la voz al otro lado del auricular.

El acceso de los que después se identificarían como miembros del Ejército Zapatista de Liberación Nacional fue por la salida a San Juan Chamula, escenario de dramáticas expulsiones registradas en los últimos meses por supuestos motivos religiosos impulsadas por los caciques contra pobladores convertidos a la religión protestante.

Amado Avendaño se comunicó de inmediato con el general Gastón Menchaca Arias, comandante de la XXXI Región Militar, con sede en Rancho Nuevo, a sólo 12 kilómetros de San Cristóbal.

-- General, ¿qué pasa en San Cristóbal? Hay mucha gente...

-- No sé. ¿No es gente que está celebrando el Año Nuevo? (9)

El taxista Julio Lara acababa de dormirse, todavía aturdido por la abundante cena y las copas ingeridas hasta más allá de la medianoche. Como es un hombre de sueño ligero, escuchó un griterío callejero procedente de la calle. En su casa, a sólo 3 cuadras del centro, la falta de quietud era habitual de día, pero no en la madrugada.

--Serán algunos jóvenes-, pensó y se dio un vuelco en su cama, pero no consiguió conciliar el sueño. -Ya estarán esos escandalosos tratando de prender una fogata-

Media hora más tarde lo despertaron los gritos de su esposa:

-- Julio, Julio, invadieron San Cristóbal unos encapuchados. Dicen que son guerrilleros. Me llamó mi prima Marta que no vayas a salir a trabajar.

El taxista escuchó extrañado la historia y decidió a ir a indagar por su propia cuenta. Se vistió y se asomó por la ventana para comprobar las advertencias. Efectivamente, bajo la pálida luz del alumbrado público se alcanzaba a observar a una gran cantidad de hombres con paliacate al cuello, gorras, camisas cafés y pantalones verde olivo.

Algunos portaban viejos rifles de 16 tiros. Otros traían impresionantes fusiles AK-47, walkie talkies y otros implementos bélicos.

Impresionado por estas escenas y por el ruego de su esposa, el taxista decidió abstenerse de salir, pero apenas amaneció no se aguantó las ganas.

Salió a la calle y a pesar de la presencia de los zapatistas las cosas no parecían demasiado problemáticas. Se mezcló entre los guerrilleros, a los que miró con atención. Todos eran morenos, bajos de estatura, tzotziles a juzgar por algunas de sus conversaciones; tzeltales, quizá. A pesar de su trato constante con los indígenas de Los Altos, aún no sabía diferenciar entre ambos dialectos mayas, que son muy parecidos. Llevaban rifles, cuchillos y machetes.

La prensa calculó en 800 el número de zapatistas que exactamente a las 00.30 horas del año nuevo irrumpieron en San Cristóbal.



Si embargo, la oficina de prensa del gobierno del estado, todavía a cargo de Elmar Setzer Marseille, minimizó el número real de rebeldes y afirmó que se trataba apenas de unos 200 hombres.

Los insurgentes mantenían una actitud pacífica. Una turista incluso se atrevió a comentar a un reportero español que con unos "guerrilleros tan nobles" no era posible considerar en serio su movimiento.

Lo único que se salió de este encuadre fue el asalto a la más grande farmacia de la ciudad, de la cual los zapatistas extrajeron sobre todo antidiarréicos, sobres de suero oral, antibióticos, camillas y sillas de ruedas. Una parte del cargamento lo repartían entre la gente pobre de la ciudad y otra se la llevaron a la selva.

La población de la capital *coleta*, cuando vio las puertas forzadas de la farmacia y de algunas mueblerías y tiendas, comenzó a cometer actos de rapiña. De esta actitud no escaparon inclusive ni personas pudientes. Muchos vecinos de San Cristóbal parecieron sentir vergüenza ante algunas escenas insólitas, como la de un hombre cargando penosamente un escritorio o llevándose consigo sillas y mesas. Un vecino cuenta que algunas personas filmaron a los saqueadores, entre los cuales se contó a una mujer bien vestida que llegó con su auto, lo estacionó junto a la farmacia, abrió su cajuela y procedió a llenarla con parsimonia de muñecos de peluche y cosméticos .

Días más tarde, por la radio las autoridades hicieron un llamado a las personas que participaron en ese saqueo a devolver lo sustraído advirtiendo que muchos aficionados habían filmado a los ladrones y habían entregado algunos de sus videocassettes a la policía municipal. Nadie, que se sepa, acató este exhorto.

En la plaza central de San Cristóbal, como a las 6 horas de aquel primero de enero, sobresalía la figura adusta, quijotesca, del después celeberrimo Subcomandante Marcos, que por primera vez hacía su aparición en la escena pública.

Con un uniforme de campaña "zapatista" (pantalón verde olivo, camisa café), arropado por un *chuj* o gabán chamula y con el rostro cubierto por pasamontañas, el subcomandante llevaba consigo una metralleta Uzi, de fabricación israelí (aunque hay quienes dicen que era un M-16), y un walkie talkie.

El subcomandante fue de inmediato rodeado por curiosos y turistas. Obsecuente y hasta afectuoso, se tomaba fotos junto a jóvenes turistas de cabello rubio y contestaba algunas preguntas que le hacía la gente. Un tumulto de personas lo rodeó de inmediato con una mezcla de morbo y perplejidad.

- La lucha legal es bastante limitada y se tienen que ejercer otras formas de lucha. La revolución no se limita a la lucha armada; hay agrupaciones abiertas, organizaciones y partidos independientes. El problema de la guerra es un problema político, es una medida extrema.

Planteamos una política amplia de alianzas. Además, nuestro movimiento cuenta con una importante base social. Es una advertencia al gobierno. Es un hasta aquí a la falta de libertades políticas.

El discurso del subcomandante parecía fluir con bastante facilidad. Sin grandilocuencia ni rebuscamientos, pero tampoco usando los gastados cartabones de la izquierda tradicional, Marcos parecía hacerse entender entre la gente común y, seguramente, había tenido la virtud de transmitir sus ideas y sus tesis a los miles de indígenas iletrados que habían decidido abrazar este movimiento insurgente.

Un periodista italiano del diario *L'Unitá* hizo la primera y la más conocida entrevista con el comandante Marcos en aquel azaroso día. El reportero lo describió con estas palabras: "Es uno de los pocos que tienen la cara cubierta y que está armado con una metralleta. El único que no es indio. Mientras habla, saca una pipa de la faltriquera, se la pone en la boca por la apertura del pasamontañas, pero no la enciende. Se expresa con la claridad del intelectual acostumbrado a comunicarse con la gente simple. Es seguramente mexicano, pero no es posible identificar el acento". (8)

Marcos muy pronto había de convertirse casi en un personaje de leyenda.

Las autoridades no tardaron en emitir boletines difundiendo su "media filiación": "sexo masculino, 1.74 metros de estatura, compleción atlética, tez morena clara, raza blanca, ojos verdes muy claros y grandes, pelo castaño claro, nariz recta y ancha, cara ovalada, boca regular y cejas pobladas. Tiene aproximadamente 25 años, es cacarizo y lampiño, domina dos idiomas, usa pasamontañas".

Una turista, identificada como Schulamis Hirsch, con menos inquina, hizo un "retrato hablado" de Marcos que parecía más cercano a su rostro real: "No es indígena. Es más bien blanco, de ojos claros y nariz aguileña. No es muy alto, mide alrededor de 1.70. Parece un hombre culto, educado, de gran carisma. Es muy amable con la gente. Sus respuestas fueron pausadas, tranquilas. Cuando le preguntaron si podían tomarle una foto, respondió: Claro, como no". (9)

El mensaje de las autoridades sobre el *identikit* del cabecilla de los rebeldes no tenía doblez: el movimiento rebelde es manejado por un extranjero o un hombre de una clase social acomodada. ¿O acaso es posible que un indígena tzotzil, tzeltal, chol o tojolabal como los aborígenes andrajosos y analfabetos que pueblan las aldeas selváticas de Chiapas pueda organizar una insurrección así?

No obstante, esta descripción un tanto chabacana del subcomandante Marcos dio lugar a lamentables confusiones, que se exponen más adelante, en el capítulo dedicado a hablar de este protagonista de la guerra

La media filiación del subcomandante también alimentó el ingenio de algunos cartonistas. Helguera, en *La Jornada*, publicó una caricatura en la que aparece un policía midiendo con una cinta métrica a un indígena andrajoso, pequeño y con las carnes pegadas a los huesos, mientras repite: "Compleción: robusta; ojos: azules; estatura: 1.90; tipo: nórdico".

En su arenga, Marcos trataba de mostrarse convincente ante la numerosa audiencia que lo rodeaba esa fría mañana:

--No es posible que en Chiapas mueran 15 mil personas al año por enfermedades que son curables--, decía Marcos aquella fría mañana de invierno haciendo gala de su gran facilidad oratoria, mientras un grupo de rebeldes colocaba en el asta principal de la plaza de San Cristóbal, una bandera negra con una estrella roja y las siglas del EZLN en medio. Una cerrada ovación coronó el momento, cargado de simbolismo.

Empezaba una insurrección armada, la primera en más de una década y para algunos la más importante desde la gran revolución armada de 1910, uno de cuyos animadores fue precisamente Emiliano Zapata.

El espectáculo en San Cristóbal fue quizá el más benigno de todos los que estremecían a las ciudades y poblados de Los Altos que fueron tomados por los insurrectos. Parecía más a un hecho pintoresco o surrealista, que a un cuadro extraído directamente de la volátil realidad de un estado convulsionado por la agitación social.

En Ocosingo, a 90 kilómetros de esa ciudad, las cosas fueron diferentes. En encarnizados y sangrientos combates murieron por lo menos un centenar de personas, de acuerdo con informes de prensa publicados entonces. Pasados cuatro días de los enfrentamientos, sobre todo el que tuvo lugar en las inmediaciones del mercado local, decenas de cuerpos de desarraigados zapatistas ya en avanzado estado de descomposición aún yacían en las calles de la ciudad. Poco tiempo después, había de hacerse uno de los primeros macabros hallazgos que dieron fe de aquel verdadero baño de sangre.

Una fosa común ubicada en el panteón municipal fue descubierta y en su interior peritos de la Comisión Nacional de Derechos Humanos encontraron 11 cuerpos, dos de ellos correspondientes a civiles que cayeron en medio del fuego cruzado y 9 más pertenecientes a zapatistas.

Algunos periodistas dijeron haber observado huellas del tiro de gracia, lo que fortaleció la versión de que muchos zapatistas fueron ejecutados.

Inclusive, un periodista norteamericano afirmó haber visto una horadación en la pared más próxima del cementerio, lo cual indica que los victimarios no se molestaron en cargar uno a uno los cuerpos hasta introducirlos por la entrada principal, sino por ahí los arrojaron. Un vecino del lugar afirma haber prestado picos y palas a un grupo de militares para hacer la fosa e incluso haberse prestado para cavarla.

Un militar no identificado afirmó a una cadena de televisión estadounidense que el ejército nunca realizó un levantamiento de cuerpos. Autoridades municipales se limitaron a señalar que no podían intervenir en los trámites para un entierro en una fosa común por el caos imperante durante los días de la ocupación y los combates entre el ejército y la guerrilla.

Versiones sobre la existencia de otros cementerios clandestinos circularon aún semanas después de estallar la insurrección armada del EZLN. La mayoría de los casos no pudieron confirmarse.

Camino a Chanal, a pocos kilómetros de la base militar de Rancho Nuevo, un periodista extranjero aseguraba haber visto dos fosas e incluso le dibujó un mapa a un colega de una cadena estadounidense de TV.

Las fosas no aparecieron por lo menos en las primeras semanas del conflicto. Los pocos campesinos que circulaban por ese paraje solitario dijeron no haber observado algo semejante. Era común en esos días que la gente se rehusara a hablar de hechos como éste.

Otro hecho que llamó la atención de la prensa nacional e internacional fue el hallazgo de una camioneta de transporte público procedente de Comitán encontrada en Rancho Nuevo. El ejército dijo que soldados tuvieron que disparar contra el vehículo, porque no obedeció la orden de detenerse en un retén.

Oficialmente hubo 4 muertos, tres hombres y una niña, pero la prensa estima que el número de víctimas fue mayor, como lo prueba el hallazgo por parte de periodistas de ropas de una mujer en el lugar. En el panteón de la ciudad fue hallado el cuerpo de una persona del sexo femenino. Todos habían sido confundidos con "transgresores de la ley". Eran, sin duda, otras víctimas inocentes de la guerra que apenas comenzaba.



## 2. Chiapas: Algo falló

*"Los tecnócratas padecen miopía. Por instinto, piensan en las consecuencias inmediatas. Son miembros prematuros de la generación del ahora".*

Alvin Toffler

"El primero de enero de 1994 despertamos en otro país. El día en que íbamos a celebrar nuestra entrada en el Primer Mundo retrocedimos un siglo, hasta encontrarnos de nuevo con una rebelión como la de Tomóchic". (10)

Estas palabras -duras, lapidarias-, escritas por José Emilio Pacheco refiriéndose a la insurrección en el sur del país, no podrían reflejar mejor el estado de ánimo que embargó al país aquel amargo año nuevo. El estupor dominaba a la clase gobernante al desencadenarse la revuelta armada en Chiapas. El presidente Carlos Salinas y su equipo de eficientes colaboradores, casi todos tecnócratas, egresados de Harvard, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, de Cambridge, se restregaban los ojos resistiéndose a aceptar el duchazo de realidad que de pronto los embistió.

Estaban festejando el banquete con el cual daban la bienvenida a los nuevos tiempos, a un país diferente. Corría el vino y las viandas lucían suculentas en la gran mesa palaciega.

A punto de degustar el plato fuerte, un clamor se escuchó en el ala sur del edificio. Era el grito de los zapatistas que, con sus botas de hule cubiertas de lodo, ensuciarían aquel escenario pulcro y hollywoodesco.

"¿En qué fallamos? ¿Qué pasó aquí? ¿No estábamos ya con un pie dentro del primer mundo? ¿Acaso haber ingresado a la Cuenca del Pacífico, haber firmado un Acuerdo de Libre Comercio con dos de las 7 economías más industrializadas del mundo -Estados Unidos y Canadá- y estar a punto de ser admitidos en el selecto club de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), que agrupa a los "ricos entre los ricos" no nos otorgaba las credenciales suficientes como para no sufrir ese mal del tercer mundo que es la subversión interna?". Estas y muchas otras preguntas con toda seguridad asaltaban la cabeza de los "gurús" de la estrategia política y económica del Presidente Salinas.

Quizá también en las grandes capitales financieras del mundo --Tokio, Nueva York, Londres-- había muchos que también se rascaban la cabeza de desconcierto. Lo que desfilaba ante sus ojos era inaudito: un país con más de seis décadas de estabilidad interna --paz social se le decía en los discursos oficiales de México--, un ejemplo para América Latina, el alumno aventajado de la clase y el paradigma de los programas neoliberales de ajuste era de pronto víctima de una rebelión armada.

Los números no mentían: desde 1997, cuando comenzó la terapia de *semishock* aplicada por el gobierno para abatir la inflación, basada en un pacto con los sectores productivos y en draconianas medidas de restricción del gasto público, hasta fines de 1993, la inflación pasó de casi 200 a menos del 10 por ciento anual.

"Avanzamos así hacia la meta que parecía imposible conquistar hasta hace poco: la convergencia con la inflación de los países desarrollados" (11), decía con aire victorioso el presidente Salinas, al dar lectura el primero de noviembre de 1993, dos meses antes de iniciar el levantamiento zapatista, a su quinto y penúltimo informe anual de actividades ante el Congreso.

Otros logros que el mandatario pudo abonar en su cuenta personal parecían impresionantes. El gasto social, por ejemplo, creció 85 por ciento, si hemos de creer en las estadísticas oficiales. El déficit financiero del sector público, que alcanzaba un peligroso 12.5 por ciento con relación al Producto Nacional en 1988, se convirtió en un superávit del 0.5 por ciento en 1992. Entre 1989 y 1992, la economía tuvo un crecimiento sostenido que sólo se redujo al 1.3 por ciento en el primer semestre de 1993. Cierto es que hubo una drástica desaceleración económica en la segunda mitad de este último año. Es verdad que casi se llegó a la "recesión", pero para el gobierno se trataba sólo de "una consecuencia transitoria del propio proceso interno de modernización, y de un ámbito internacional poco favorable". (12).

Si las cifras decían la verdad, ¿dónde estuvo el error o el equívoco?  
¿Por qué el propio presidente se vio obligado a anunciar su disposición de corregir lo que no funcionó tras estallar el conflicto y remover al Secretario de Gobernación, Patrocinio González Garrido?

No todos, por supuesto, creían en el festín de las estadísticas. Un diputado suizo, Jean Ziegler, señalaba a principios de 1994 que "durante 5 años, Salinas buscó engañar a la comunidad internacional con grandes discursos y bellas declaraciones; quiso tapan la verdad: su política neoliberal a ultranza agudizó aún más la cruenta situación que vive la mayoría del pueblo mexicano". (13)

Para muchos mexicanos, no había demasiada congruencia entre los informes oficiales que hablaban de un México paradisiaco, a punto de ingresar al "Olimpo Industrializado", y la dramática realidad de sus 15 millones de indígenas, de sus 17 millones de habitantes en condiciones de extrema marginación y de sus 40 millones de pobres.

Un informe del propio Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (Inegi), difundido el 25 de enero de 1994, parecía rebatir los propios reportes oficiales. Según el Inegi, el 38.16 por ciento del ingreso nacional se encontraba en manos de una reducida élite del 10 por ciento de la población.

"De 1989 a 1992, las disparidades en el ingreso eludieron los esfuerzos de la política económica por moderarlos", señalaba otro reporte, éste de un centro de estudios privado, el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), el *alma mater* del Secretario de Hacienda, Pedro Aspe, quien por cierto guardó un misterioso mutismo durante un buen tiempo tras estallar el conflicto en Chiapas.

El análisis del ITAM no tenía desperdicio. Señalaba, por ejemplo, que en 1992 el monto de los recursos a disposición de los 8.5 millones de mexicanos más ricos, fue 23 veces arriba del de los 8.5 millones más pobres. Ocho años antes, esa diferencia era de 19 veces.

Lo cierto era que las reformas económicas de Salinas, aplaudidas ruidosamente en el ámbito internacional, nunca llegaron al segmento más pobre de la sociedad, mientras se ensanchaba cada vez más la brecha -casi un abismo- entre los más ricos y los más pobres. Suiza y Somalia parecían coexistir en un sólo país. De un lado, suntuosos edificios de vidrio y aluminio se erguían como paradigmas del lujo faraónico de la clase poderosa, con sus yuppies, sus nuevos ricos y sus "caciques" de celular y corbata de seda. De otro, harapientos inmigrantes que pedían limosna en los cruceros de las ciudades; campesinos languidecientes, de mirada triste y dura; hambrientos habitantes de casuchas miserables en las ciudades perdidas de la periferia. Todo en un mismo país, sin mezclarse sino sólo efímeramente.

Unos viviendo en el fastuoso penthouse del edificio social, otros, en el sótano, en la sordidez, entre la mugre y la inmundicia.

Pocos hubieran creído, desde esta perspectiva, en las palabras del primer mandatario cuando dos meses antes de estallar la chispa de la rebelión en Chiapas afirmó: "Entre 1989 y 1992, la población en situación de pobreza extrema, es decir, la que tiene ingresos inferiores al costo de una canasta básica, se redujo de 18.8 a 16 por ciento del total, esto es, de cerca de 15 millones a 13 y medio millones de personas".

Otro pasaje de su balance anual parecía hablar de un México ilusorio: "tenemos menos pobreza extrema que hace cinco años, mayor atención y respeto a los indígenas, y se ha frenado la tendencia a la concentración del ingreso".

Si la economía a nivel nacional mostraba notorias disparidades, en Chiapas la realidad superaba toda evaluación estadística.

Sencillamente, el estado estaba clasificado como el más pobre de México y -junto con Oaxaca y Guerrero- integraba lo que podría denominarse el "triángulo de la miseria". Sin exagerar, podría decirse que ahí habitaban "los más pobres entre los pobres".

En su vasta obra de investigación, *Los Indios de México*, Fernando Benítez describe con pinceladas grises la fría realidad que desde siempre había mantenido a los indígenas de Los Altos en condiciones de abandono y marginación extremas.

"Las ordenanzas del siglo XVI que prohibían al indio pasar la noche dentro del perímetro de las ciudades blancas, no son letra muerta en San Cristóbal.

"Llega, como hemos visto, en el amanecer y se marcha a sus parajes después del mediodía. Camina adelante de la mujer y de los hijos, sin bultos o con pocos bultos, pero henchido del alcohol que le venden en San Cristóbal. Ya no es el santo, el arcángel descendiendo entre las nubes hacia Jovel, sino un hombre derrotado que avanza penosamente con la mirada fija en los pinares y los barrancos del camino". (14)

Rosario Castellanos, esa sólida y penetrante escritora chiapaneca, que vio con mirada escrutadora y no sin dolor la realidad de su patria chica, hizo también un repaso de la miseria atroz prevaleciente en Chiapas en varias de sus obras. En *Oficio de Tinieblas*, la novelista parece hablar premonitoriamente -percibiendo quizá ya cerca una insurrección como la zapatista-, en voz de don Adolfo, uno de sus personajes:

"--Cuando los indios sepan lo que sabemos nosotros nos arrebatarán lo nuestro". (15)

En otro pasaje de su novela, reflejando la opinión de los ricos hacendados chiapanecos de sus tiempos frente a esas masas oprimidas para justificar su tenaz negativa a redimirlos de la ignorancia, Castellanos apuntaba:

"- Indio alzado es indio perdido. Cuando estos tales por cuales sepan leer y hablar *castilla* no va a haber diablo que los aguante". (16)

La profecía de Castellanos no tuvo que cumplirse en todos sus términos para que esos "indios alzados tales por cuales" elevaran su voz para denunciar la opresión centenaria que los aplastaba. Algunos de los zapatistas aún no aprendían a leer y hablar castilla, pero ya tenían bien definido lo que buscaban: una herencia mejor para sus hijos, una realidad distinta.

Muchos de los datos básicos que documentan el desastre social en Chiapas circularon con profusión en la prensa poco después de estallar la sublevación zapatista.

Cifras de la Secretaría de Programación y Presupuesto del gobierno de Chiapas, que el diario *Expreso*, de Tuxtla Gutiérrez, calificó irónicamente como "material ampliamente subversivo", mostraron en toda su desnudez la problemática que sirvió de fermento para la insurrección del EZLN.



Según estas estadísticas, contenidas en un manual de bolsillo que se publicó en 1993, mientras en promedio en todo el país las viviendas con agua entubada sumaban 78.4 por ciento, en Chiapas apenas llegaban al 57.3 por ciento. La media nacional de casas con drenaje era de 61.5 por ciento, frente al 38.4 por ciento en el estado. En Chiapas, que producía más de la mitad de la energía eléctrica para iluminar a toda la República, sólo el 65 por ciento de la población disfrutaba de ese servicio, frente a un 87 por ciento del promedio nacional.

Otros elementos para completar el cuadro trágico de la realidad chiapaneca eran los siguientes: una de cada tres personas no hablaba español; 47 por ciento de los habitantes de la zona de Los Altos y 46 de la selva eran analfabetas.

"No se necesita ser marcista y haber nacido en marzo para darse cuenta de las razones de *Fuenteovejuna* ahora que la muerte tiene permiso", remataba *Expreso*. (17)

Después de leer estas estadísticas es válido hacerse las mismas preguntas que Miguel León-Portilla al analizar el conflicto de Chiapas: "¿Clamó en el desierto Fray Bartolomé de las Casas? ¿Hasta cuándo (...) padeceremos (los indios) cada día tantas necesidades y seremos agraviados, porque nos echan de nuestras tierras y despojan de lo que es nuestro?".

Tenía razón el eminente estudioso de las civilizaciones prehispánicas cuando dice que "el clamor de los *tzeltales*, *tzotziles*, *tojolabales* y otros ha vuelto a escucharse" y estaba en lo cierto al preguntarse si ese grito "lo silenciarán el ruido de las armas y la muerte" o bien "será posible el diálogo que haga verdad la justicia, como tantas veces el padre Las Casas lo dijo, lo escribió y lo exigió". (18)

### 3. La voz que no se apagará nunca más

*"¿Dónde podemos hallar a los zapatistas? Nos queremos ir con ellos. ¿Pa' dónde hay que ir? Queremos un fusil, queremos ir a la guerra, pues..."*

Indígena de Mapastepec

Domingo Santos, un joven indígena del poblado de Morelia, cerca de Altamirano, llegó un día a la casa de sus padres, después de haber trabajado un tiempo en un rancho de Las Margaritas como jornalero. Desesperado por no haber logrado sus metas, comunicó a su familia que estaba decidido a enrolarse en las fuerzas armadas.

Su padre reflexionó un instante y luego dijo:

- En vez de irte con *Los Ejércitos* por que nomás no te unes a los zapatistas.

Sus hermanos y su madre lo miraron pensativos y después movieron sus cabezas en señal de aprobación.

La idea de alzarse en armas para reivindicar sus derechos largamente pospuestos estaba ya presente en los indígenas de la selva y de Los Altos de Chiapas por lo menos desde hace dos generaciones, según algunos testimonios recogidos entre los habitantes de los principales bastiones rebeldes.

Aunque el subcomandante Marcos afirmó que el EZLN se fundó como una organización político-militar bien estructurada una década antes de hacer su debut, probablemente los padres de los jóvenes que integraron aquellos contingentes armados que sorprendieron a los habitantes de San Cristóbal de Las Casas y de poblaciones del nororiente de Chiapas aquel año nuevo del 94, ya venían fraguando el propósito de empuñar los fusiles aunque tal vez las condiciones concretas no se habían dado.

Versiones propaladas por algunas personas que habitan las aldeas cercanas a la selva dicen que desde hace ya muchos años habían visto como muchas familias indígenas vendían sus *cochis*, unos cerdos macilentos que al verlos inspiran lástima, sus gallinas, y sus escasas pertenencias, para comprar armas rudimentarias en el marco quizá de un gran plan para preparar la insurrección armada.

Por razones que no resultaban muy claras al principio, se había venido posponiendo el estallido de la rebelión.

Sin embargo, cuando la desesperación de aquellas comunidades empobrecidas por sexenios de abandono y opresión llegó a su límite, aquel *!Ya Basta!* que resonó en el grito de guerra de los zapatistas por fin pudo oírse por todos los rincones de México y del mundo.

Por eso, no resulta extraño que los propios padres y abuelos de estos jóvenes insurgentes los alentaran a llevar adelante la lucha que ellos no pudieron nunca enarbolar.

Así que cada vez que se hacían cálculos sobre el número real de combatientes zapatistas --"somos cada vez más, somos un chingo" (19), solían responder los mandos cuando se les preguntaba sobre cuantos integraban sus filas-- podría hablarse de 1,500, 2,000, 5,000 o 10,000, pero tenía forzosamente que contarse a esa gran base social de que disponían y que era una fuerza potencial que les brindaba avituallamiento y apoyo.

Estas comunidades, empero, en cierto momento estaban también en disposición de tomar los fusiles si ello era necesario. Cualquier cálculo, por arbitrario que fuese, tenía que contar 4 o 5 personas -hermanos, padres, primos o tíos- que respaldaban, guarecían y ocultaban a los combatientes regulares y que, por derecho propio, eran también orgullosamente zapatistas. Sólo en la zona de la selva se cuentan 12 municipios probablemente "zapatistas", entre los cuales destacan por su importancia Altamirano, Cancuc, Chilón, Las Margaritas, Ocosingo, Salto de Agua, La Independencia, La Trinitaria y Palenque.

Ahí se asientan más de un centenar de comunidades con una población de 600,000 habitantes, de los cuales un tercio son indígenas en estado de pobreza extrema.

Un mes después de desencadenarse la sublevación zapatista, el EZLN controlaba una superficie de 15 mil kilómetros de "territorio liberado", la quinta parte de todo el estado de Chiapas. En esa porción viven unas 300 mil personas. (20)

Otra cuestión que merece remarcar es que el largo aplazamiento de los planes para sublevarse permitió al EZLN ir articulando y preparando el terreno para estructurarse como un ejército irregular bien organizado, con una cadena de mando bien fortalecida y una jerarquización de la dirigencia perfectamente bien definida. Periodistas que se internaron en la selva pudieron comprobar que bastaba una orden del Comité Clandestino Indígena, el máximo órgano dirigente, para obedecerla sin cuestionar su lógica o su intención.

¿Cuándo nació exactamente el EZLN? Esta es una de las muchas preguntas que durante largo tiempo se hicieron autoridades, estudiosos y periodistas a quienes sorprendió de repente el surgimiento de algo tan organizado y estructurado, todo tras bastidores, en el más grande secreto, en las profundidades de la selva.

Dirigentes zapatistas afirmaban que habían iniciado sus preparativos 10 años antes de la rebelión. La idea, sin embargo, como se señala antes, pudo haberse gestado hace 30 ó 40 años.

Lo que si es cierto es que muchas personas en Los Altos hablaban ya desde hacía meses y aun años de grupos armados que se entrenaban en la selva. Estas versiones siempre fueron desestimadas por las autoridades estatales y federales, que pensaban se trataba de bandas de narcotraficantes o bien nunca creyeron que este fenómeno estuviera tan ideologizado y fuera a crecer hasta poner en riesgo la tan cacareada estabilidad del país, derrumbando el mito de la paz social.

El ex gobernador de Chiapas, Manuel Velasco Suárez (19970-1976), ex suegro del Comisionado para la Paz, Manuel Camacho Solís, recuerda que desde hace 200 años ya se tenían pruebas de tráfico de armas en la selva y en la región montañosa del estado, así como la incursión de *kaibiles* o comandos contrainsurgentes guatemaltecos que violaban la línea fronteriza.

En 1974 fueron detenidos guerrilleros de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) en el municipio de Ocosingo, lo que indica que en la región ya comenzaba a darse actividad guerrillera desde hace mucho tiempo.

En tiempos más recientes, en mayo de 1993 hubo otro indicio de que la guerrilla estaba disponiéndose a iniciar su lucha.

Un informe del gobierno de Chiapas con fecha 27 de mayo publicado por la revista *Proceso* del 23 de agosto siguiente, daba cuenta de un "campo de adiestramiento" de grupos "subversivos" en la misma zona donde habían sido capturados los activistas de las FALN.

Ahí se hallaron uniformes, armas de alto poder, medicamentos, víveres y trincheras. El campamento, ubicado en medio de la selva, contaba con chozas "de gran tamaño, largas avenidas y canchas deportivas", dice la nota. (21)

El capitán Mario Murrieta Fournier, de la Policía Federal de Caminos en la zona de Los Altos, señaló tener conocimiento de que los guerrilleros zapatistas estuvieron entrenándose en la selva Lacandona mucho tiempo antes de salir a la luz.

Un hombre conocedor profundo de los movimientos insurgentes en el país, Gustavo Hirales, que tras iniciarse la insurrección del EZLN fue nombrado asesor del Secretario de Gobernación, Jorge Carpizo, considera que los rebeldes comenzaron a prepararse 11 o 12 años antes.

Hirales, que fue miembro de la Liga 23 de Septiembre, estima que la lucha zapatista es la concreción de un proyecto largamente pensado, trabajado y hasta acariciado por sus miembros".

El ex director general de Erradicación de Cultivos Ilícitos de la Procuraduría General de la República dijo empero no saber si existen vínculos entre la guerrilla de los 70's y los zapatistas. (22)

El mismo responsable de la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, con jurisdicción en toda la zona de conflicto, monseñor Samuel Ruiz, había ya dado la voz de alarma sobre el inminente surgimiento de la violencia. "Hay dominación ideológica que divide a las comunidades: cooperativas que no educan, radio que no informa, transmisiones que mienten, publicidad de cosas fuera de su alcance.



Todavía hay sistemas de peonaje", decía el obispo en una carta pastoral hecha pública el 6 de agosto y enviada al Papa Juan Pablo Segundo en ocasión de su visita a Yucatán.

"Se humilla y se engaña a los indígenas. Se les obliga a votar por el PRI. Les imponen autoridades contra su voluntad. No se les permite organizarse. Hay represión en el campo y en la ciudad. Policía y ejército los controlan. Hay corrupción general en las autoridades. (...) El alcoholismo está arraigado y es signo de frustración que genera divisiones, desintegración familiar, enfrentamientos y muerte", señalaba el obispo "guerrillero" como lo llamaban los ricos terratenientes chiapanecos. Samuel Ruiz, que seguía la corriente de la Iglesia de los Pobres, no se dejaba intimidar ni por las amenazas de muerte que sufrió meses antes y después de iniciar la insurrección.

Esa defensa férrea de los desheredados y sus denuncias --en la mejor tradición de Fray Bartolomé de Las Casas y de Fray Antón de Montesinos-- le ganaron la maledicencia del sector conservador de la jerarquía católica.

Sobre todo, sin embargo, se hizo merecedor de la animadversión del nuncio apostólico Girolamo Prigione que promovió su renuncia por supuestos "errores doctrinales y pastorales".

¿Cuánta similitud había en la predica del obispo Ruiz y aquella indignada filípica lanzada por Fray Antón de Montesinos, aquel sacerdote dominico de la orden de los predicadores reformados, contra los abusos de los conquistadores de la isla *La Española*, que hoy comparten Haití y República Dominicana, contra los nativos?

"Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid ¿Con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habeís hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habeís consumido? ¿Como los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curarlos de sus enfermedades, que los excesivos trabajos que les dáis incurren y se os mueren, y por mejor decís los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?

¿Y qué cuidado tenéis de quién los doctrine, y conozcan a su Dios y Criador, sean bautizados, oigan misa guarden las fiestas y domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No soís obligados a amallos como a vosotros mismos?

¿Esto no entendéis, esto no sentís? ¿Como estáis en tanta profundidad, de sueño tan letárgico, dormidos? Tened por cierto que, en el estado en que estáis, no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo?". (23)

Fernando Benítez en su obra "1992, ¿Qué celebramos, qué lamentamos? describe el ideario de Fray Bartolomé de Las Casas así: "Todos los habitantes de la Tierra son hombres e iguales, cualquiera que sea su color o su estado cultural, y por lo tanto son libres y racionales; la guerra es la maldición de la humanidad y debe ser abatida; hay guerras justas, como la emprendida contra los turcos, que en nombre de Mahoma pretendían imponerse mediante la violencia; en América, las únicas guerras justas son las guerras defensivas de los indios, que no atacaban a los españoles ni los ofendía, y vivían tranquilos en sus pueblos y ciudades (...) Las Casas resulta por ello uno de los primeros pacifistas de la historia". (24)

Este pensamiento condensado *lascasiano* es probablemente compartido por el obispo Samuel Ruiz, a quien muchos consideran la verdadera reencarnación espiritual de Las Casas y Montesinos.

Otra persona que también hizo públicas las preocupaciones sobre el inminente estallido de una rebelión en Chiapas fue el diputado perredista Jorge Moscoso.

En enero de 1992, afirmó en la tribuna de la cámara de Diputados que "se estaba gestando una alternativa armada en el estado" debido a la situación de "marginación y atraso" de las comunidades indígenas y en virtud de la "falta de voluntad política para resolver los problemas de la entidad".

En una entrevista con el corresponsal de la agencia italiana *Ansa* en México, Giulio Gelibter, Moscoso dijo a mediados de julio de 1993 que "la existencia de una guerrilla india en Chiapas contra la opresión y la miseria es un hecho".

"Se sabe que en Chiapas esta activa desde hace tiempo una organización clandestina de guerrilla llamada Ejército Zapatista de Liberación", dijo el diputado en esa ocasión al periodista italiano.

"Si el gobierno no entiende lo que está sucediendo al sur y no se abre política y económicamente, no pondrá fin a la violencia contra la sociedad, no resolverá el problema de la tierra y no hará más que arrojar gasolina al fuego poniendo las bases para una propagación de la revuelta a nivel nacional", señaló premonitoriamente el diputado del Partido de la Revolución Democrática en esa entrevista.

Gelibter inició su reportaje sobre el tema, difundido el 20 de julio con esta interrogante que parecía prefigurar lo que vendría después:

"¿El estado meridional mexicano de Chiapas, uno de los más pobres y atrasados del país, se transforma en la incubadora de una nueva rebelión violenta contra la opresión, la miseria y la explotación de los indígenas mexicanos?". Era, quizá, el primer corresponsal extranjero en anticipar la rebelión.

En junio de 1993, presuntos seguidores del movimiento extremista de filiación maoísta Sendero Luminoso, que en Perú ha dejado una secuela de terror y muerte, distribuyeron volantes en San Cristóbal y Altamirano.

La propaganda anticipaba la insurrección que habría de sacudir a la zona 8 meses. Las octavillas proclamaban el inicio de la "guerra popular" en Chiapas, pero también en Oaxaca, Guerrero, Morelos, Michoacán, Jalisco, estado de México, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, San Luis Potosí y Veracruz, estados a los que la propaganda definía como "franja estratégica" para el levantamiento armado.

El texto señalaba la urgencia de educar al "campesinado e indígenas pobres" en "los inalterables principios revolucionarios para "aplicar a México las experiencias de la gloriosa guerra del Perú dirigida por el presidente Gonzalo". (25)

Pero las palabras de monseñor Ruiz y las denuncias sobre actividad guerrillera en la región nororiente de Chiapas fueron siempre desoidas. En todo caso, si en las altas esferas se percibió esta señal de alarma se creyó que todo podría resolverse con Pronasol y con medidas cosméticas.

En julio y agosto de 1993, el coordinador de Solidaridad, Carlos Rojas Gutiérrez y el entonces Secretario de Desarrollo Social, Luis Donaldo Colosio, visitaron la región de Ocosingo, en la Selva Lacandona, para irfaugurar diversas obras, entre las cuales figuraban hospitales, caminos y sistemas de agua potable. Colosio anunció en la segunda mitad de agosto en Ocosingo una inversión por 670,000 millones de pesos viejos para la zona.

El 6 de septiembre siguiente, el propio presidente Carlos Salinas realizó un recorrido por municipios de la selva visitando Mitontic, Guadalupe Tepeyac (donde se decía que estaba el cuartel general del EZLN) y Las Margaritas (donde fue secuestrado el general retirado Absalón Castellanos). Cuatro meses más tarde, el mandatario no hubiera podido ingresar a la zona por razones de seguridad. Las Margaritas fue ocupada por los zapatistas y Guadalupe Tepeyac permanecía como "territorio liberado" varias semanas después de iniciada la rebelión.

Ciertamente el gobierno inyectó una fuerte inversión en Chiapas y sobre todo en la zona de Los Altos y La Selva.

En Chiapas, donde el 28 por ciento de los 3 millones de habitantes son indígenas principalmente de las etnias *tzeltal*, *tzotzil*, *chol*, *tojolabal*, *zoque*, *kanjobal* y *mame*, el Pronasol destinó el 8 por ciento del total de su inversión entre 1989-1993, es decir "el primer lugar de la inversión total de Solidaridad en el territorio nacional".

En la región de la Selva Lacandona se aplicó desde 1991 el Programa de Conservación y Desarrollo de la Selva Lacandona que invirtió unos 17 millones de nuevos pesos en ese año y 22 millones más el siguiente. Solidaridad aplicó esos fondos estableciendo 18 viveros frutícolas, 300 semilleros de café, 27 estanques piscícolas y módulos para el fomento de básicos. Asimismo, proporcionó cursos de educación básica en 102 comunidades y asistencia técnica a 210 productores de café orgánico de 15 localidades y más de 3,600 consultas médicas. (26)

Lamentablemente este dinero y sus consiguientes proyectos llegaron tarde a las comunidades marginadas del nororiente de Chiapas, cuando ya su paciencia se había terminado y en momentos en que eran severamente diezmadas por una virtual hambruna y por epidemias de cólera, gastroenteritis, tuberculosis y paludismo.

Faltaría igualmente establecer con qué transparencia y fluidez llegaron esos recursos a sus destinatarios directos.

En Washington, la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) ha manifestado su temor de que el dinero del Pronasol dirigido a Chiapas se haya desviado con fines políticos en lugar de beneficiar a la gente pobre.

Brian Atwood, administrador de AID, no descartó que los sectores más reacios a las reformas de Salinas hayan usado los fondos en su beneficio y no para atender los apremios de los indígenas chiapanecos. (27)

Además esos programas nunca atacaron otra de las demandas de los zapatistas: la democracia. El PRI seguía manteniendo un dominio aplastante, manipulando el voto de los indígenas o comprándolo a cambio de mendrugos. Los indígenas no tuvieron otra salida para su arrinconamiento y marginación más que las armas.

Como señala con certeza Carlos Fuentes, "el propósito de Solidaridad ha sido paliar los efectos sociales de la medicina neoliberal y, también, fomentar iniciativas locales y sentimientos de dignidad. Sin embargo, la insurrección chiapaneca ha venido a confirmar una sospecha nacional: sin reforma política, la reforma económica es muy frágil y, aún, engañosa. Si en Chiapas los recursos de Solidaridad hubiesen corrido parejos a una renovación política, la violencia actual se hubiese, quizás, evitado. Como están las cosas, las buenas intenciones de solidaridad fueron como agua regada en la playa: la arena se la chupó. Un programa como Solidaridad requiere de un sólido contexto democrático para ser realmente efectivo". (28)



#### 4. El zapatismo y sus antecedentes locales y nacionales

*"El hambre es sobre todo un problema de ingresos. El hambre crónica no es causada por falta general de alimentos, sino por la nula capacidad de compra de los campesinos sin tierras..."*

Rudolf H. Strahm

La insurrección zapatista es, por muchas causas, un movimiento distinto a los que le precedieron en Centroamérica y en el mismo México. La circunstancia más importante que lo distingue de otros es el contexto histórico. En efecto, irrumpe en momentos en que se creía conjurado para siempre el riesgo de la violencia política tras finalizar la guerra fría y emerger la unipolaridad en las relaciones internacionales. El fracaso estrepitoso del socialismo real en todo el mundo, el "aburguesamiento" de la revolución cubana, el cada vez menos ortodoxo sistema político chino hacían pensar en que la opción de las armas, cuando menos el inspirado por la ideología marxista, estaba definitivamente cancelado. Sin embargo, el EZLN vino a demostrar que todavía estaba latente el peligro del uso de la vía armada para promover el cambio social e insufló nuevo oxígeno a la izquierda radical en el mundo que había perdido la esperanza de emerger como una opción real para el futuro.

Pese a esa singularidad, el EZLN tiene amplios antecedentes en México.

Los estudiosos están divididos entre quienes creen que hay una conexión directa entre el zapatismo y la guerrilla de los años 70, sobre todo el movimiento incipiente, localizado y efímero de Genaro Vázquez Rojas y de Lucio Cabañas en la sierra de Guerrero y quienes estiman que ese vínculo no existe.

En lo que tampoco hay acuerdo es en si hay un vínculo directo con la doctrina zapatista que proclamaba el lema "Tierra y Libertad" en el estado de Morelos durante la revolución de 1910.

"Aunque hay miseria agraria y el movimiento sea agrario, dudo que el problema actual en Chiapas sea el mismo que el de Morelos en 1906, 1910 o 1912", dijo John Womack, catedrático del Departamento de historia de la Universidad de Harvard y autor de la obra *Zapata y la Revolución Mexicana*. (29)

Genaro Domínguez, líder del Movimiento Nacional de los Pueblos Indios, piensa en cambio, que el mismo motor que llevó a Zapata a empuñar las armas -tierra y libertad- es el que ha movilizó a los miembros del EZLN. La explicación es simple: al ser reformado el artículo 27 constitucional en diciembre de 1992, marcando la virtual desaparición del ejido y la privatización generalizada de las parcelas de cultivo, se suprimió de un plumazo el único logro auténtico de la Revolución de 1910 y de la lucha de Emiliano Zapata: justamente el ejido.

El EZLN, como el guerrillero morelense, se proponen restaurar esa vieja conquista, solo que ahora también abanderan otras reivindicaciones más amplias.

Sobre los nexos entre los zapatistas chiapanecos y la insurgencia de los setenta, el ex guerrillero Gustavo Hiraes considera que el EZLN "expresa la traducción en hechos de este viejo sueño izquierdista y revolucionario" de las guerrillas mexicanas de los años setenta.

Los zapatistas pertenecen a "aquellos reductos del pensamiento revolucionario que dio vida a las sucesivas guerrillas mexicanas" de hace dos décadas, dice Hiraes, pero duda si haya una conexión entre la insurgencia de Cabañas y Vázquez Rojas y la del subcomandante Marcos. (30)

La guerrilla mexicana ha conocido varios momentos importantes en casi tres décadas, cuando se estima que por primera vez hizo su aparición en respuesta al rígido esquema unipartidista implantado por el PRI desde 1929. El primer estallido fue realmente una aventura romántica y suicida destinada a fracasar por su total falta de planeación. Una decena de jóvenes norteños dirigidos por el maestro Arturo Gámiz García asaltó el cuartel de Ciudad Madera, Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965 pretendiendo emular una acción tampoco muy bien programada de Fidel Castro. Los "aprendices de guerrillero" pagaron cara la lección. Todos sufrieron una muerte sangrienta e inmediata por parte de los 125 soldados que se hallaban dentro del cuartel.

El escritor José Agustín recuerda que en los 70 nació la Liga 23 de Septiembre, en honor del maestro Gámiz, bajo el mando de los hermanos David y Carlos Jiménez Sarmiento.

Paralelamente hubo un surgimiento en avalancha de otros grupos tan pequeños como su influencia, entre los cuales figuran el Frente Urbano Zapatista (FUZ), el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), las Fuerzas Revolucionarias Armadas (FRAP), el Comité Estudiantil Revolucionario (CER), el Comando Armado del Pueblo (CAP), las Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución (FANR), la Unión del Pueblo Carlos Lamarca, la Liga Armada Comunista (LAC) y un largo rosario de mambretes que reivindicaban la lucha armada y pretendían "la dictadura del proletariado" y otros *slogans*.

Elena Poniatowska señala que muchos de esos grupos se contaban con los dedos de la mano y muchas veces cayeron en la tentación del "sectarismo y el dogmatismo" y rayaban no pocas ocasiones en el "fascismo". (31)

Quizá los dos únicos cabecillas guerrilleros dignos de tomarse con seriedad eran Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas. Vázquez Rojas desde mediados de los 60 ya actuaba en la sierra de Guerrero al frente de la Asociación Cívica Guerrerense, que luego se convirtió en Asociación Cívica Nacional Revolucionaria.

Las dos acciones más espectaculares de Vázquez Rojas fueron el secuestro del empresario Donaciano Luna Padilla, por el cual obtuvo un rescate de un millón y medio de pesos, en 1970, y el de Jaime Castrejón Díez, en 1971, cuando se desempeñaba como rector de la Universidad Autónoma de Guerrero, por quien pidió la liberación de 9 presos políticos y un rescate de más de dos millones y medio de pesos entregados por medio del obispo de Cuernavaca, Sergio Méndez Arceo.

Vázquez Rojas sólo actuó unos meses y murió en un accidente cuando trataba de retornar a Guerrero a través de Michoacán, después de permanecer oculto en Cuernavaca, aunque probablemente pudo haber quedado solo malherido y fue rematado por un cabo que llegó al lugar donde fue la colisión.

El maestro guerrerense Lucio Cabañas realizó varias operaciones notorias en cuarteles y guarniciones militares, recuerda José Agustín. Cabañas, que dirigía el Partido de los Pobres, casi alcanzó el rango de un personaje legendario por su carácter escurridizo, sus vínculos con los campesinos de Guerrero y su capacidad para eludir las trampas y emboscadas que le tendió el Ejército. Su fama creció cuando tuvo la audacia de secuestrar en 1974 al entonces candidato al gobierno de Guerrero, Rubén Figueroa, zar del transporte y padre de quien también conquistaría la silla del gobierno guerrerense, en medio de fuertes cuestionamientos.

Figuroa fue rescatado durante una operación de gran envergadura del ejército que provocó graves consecuencias para la población. Al finalizar ese año, en el poblado de Ocotal, Cabañas murió al ser emboscado junto con 10 de sus colaboradores. "Para fines prácticos, con esto se terminó la guerrilla rural en México y la urbana desapareció en poco tiempo después de algunas acciones más, como el intento de secuestro de Margarita López Portillo", recuerda José Agustín. (32)

En Chiapas también hay amplios antecedentes de grupos armados de filiación izquierdista. Especialistas en el tema, pertenecientes al Centro de Investigaciones Históricas de los Movimientos Armados, recuerdan que en Chiapas operaban entre 1972 y 1974 las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, dirigidas por el *Hermano Pedro*, nombre de batalla de César Yáñez, un hombre que ahora figura en la lista de desaparecidos por razones políticas de los últimos 20 años. También anotan que la Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata, que formaba parte orgánica de la Liga Comunista 23 de Septiembre, había recibido la encomienda de hacer la revolución en Oaxaca y Chiapas. (33) En el sureste trabajó asimismo la corriente Política Popular, un grupo formado en el seno de la generación 1964-1969 de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM que tuvo vínculos con el movimiento *Tierra y Libertad* de la Universidad Autónoma de Nuevo León, la Liga Espartana Comunista, la Coalición de Brigadas Emiliano Zapata y la denominada *Línea de Masas*, de inspiración maoísta.

Línea de Masas recibió apoyo aparente del actual Comisionado para la Paz -en cuya casa se celebró una de sus reuniones-; de Emilio Lozoya, secretario de Energía durante el estallido de la revuelta zapatista y de Hugo Andrés Araujo, Alberto Anaya, Rolando Cordera y Gustavo Gordillo, según dijeron en una entrevista al semanario *Proceso* Agustín Acosta, Anaya y Hector Camero, fundadores del Frente Popular Tierra y Libertad, un pilar de Política Popular.

Se sugiere que estos movimientos habrían sido auspiciados con fondos de grupos políticos poderosos, para aparentemente mantener un control desde el gobierno. (34)

La Unión del Pueblo, dirigida por el guatemalteco José María Vides, actuó también en Chiapas, además de Oaxaca y Michoacán, según los ex guerrilleros José Luis Chagolla, José Luis Moreno, Manuel Anzaldo, Juan Fernando Reyes y Adalberto Loperena. Después se convirtió en el Partido Revolucionario Obrero-Clandestino Unión del Pueblo y se ligó al Partido de los Pobres, manteniendo una línea extremista. El Procup se atribuyó varios de los atentados dinamiteros que estremecieron a la capital mexicana y 5 estados del país una semana después de estallar la rebelión zapatista. Otra organización que trabajó igualmente en Chiapas fue la Federación Nacional de Organizaciones Bolcheviques, integrada por estudiantes del Instituto Politécnico Nacional y de la actual Universidad de Chapingo.

A nivel local, se estima que el EZLN habría surgido como brazo armado de agrupaciones con un largo historial de lucha anticaciquista como la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) y la Alianza Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ). La OCEZ se desvinculó públicamente de la insurgencia en un desplegado aparecido en el diario *El Tiempo*, de San Cristóbal, y en declaraciones a la prensa.

La Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) el Consejo Nacional de Pueblos Indios (CNPI) y las Asociaciones Rurales de Interés Colectivo (ARIC) han sido acusadas de colaborar y auspiciar la lucha zapatista, pero no se han presentado pruebas al respecto.

En el sur de México hay de hecho una larga tradición de levantamientos indígenas que alcanzaron relativa resonancia en su momento. Carlos Fuentes recuerda las dos grandes insurrecciones que sacudieron a Chiapas antes del levantamiento zapatista.

"En 1712, una niña llamada (ni más ni menos) María Candelaria, dijo haber visto a la virgen. Miles de campesinos acudieron al sitio de la aparición. La iglesia se negó a legitimar el milagro e intentó destruir el altar de María Candelaria. La revuelta prendió, encabezada por Sebastián Gómez de la Gloria, quien llegó a sumar seis mil indios en sus filas, en una guerra de exterminio contra los españoles.



"En 1868, otra muchacha, Agustina Gómez Chechep, dijo que las piedras de Chiapas le hablaban con la voz de Dios. Las piedras parlantes atrajeron a muchos peregrinos, y en torno a este culto comenzó a organizarse la protesta social. Agustina fue encarcelada, pero Ignacio Fernández Galindo, que no era indígena sino hombre de la ciudad de México, asumió la jefatura del movimiento, prometiendo a los indios que los conduciría a la "edad de oro" en la que la tierra les sería devuelta.

"Tanto la rebelión tzeltal de 1712 como la chamula de 1868 parecen invenciones de un abuelo común de Juan Rufo y Gabriel García Márquez. Ambas fueron sofocadas por los ejércitos del virreinato aquella, de la república ésta, y sus líderes ejecutados". (35)

Ambas revueltas parecen tener un común denominador: son reacciones de los indios explotados contra los blancos o mestizos que detentan el poder, aún cuando el pretexto pueda ser religioso, como el caso de las expulsiones de San Juan Chamula, que no son ni con mucho simples actos de persecución religiosa, sino abusos de grupos caciquiles contra los indígenas pobres.

El antropólogo Mario Humberto Ruz, investigador del Centro de Estudios Mayas, distingue por lo menos unas 120 "rebeliones, asonadas, motines, levantamientos y revueltas" mayas desde 1528.

Ruz, autor de obras como *Los Tojolabales y las fincas. Testimonios bilingües* y *Del katún y resistencia entre los mayas*, afirma que todavía hace 30 años los indios en Chiapas "se tenían que bajar de la acera para que pasaran los señores en San Cristóbal de las Casas".

Ruz, que ha investigado por un cuarto de siglo las insurrecciones mayas, afirma que "a Chiapas no llegó la Revolución" sino que "hubo una contrarrevolución protagonizada por los finqueros que consolidaron y ampliaron su dominio de tierras y hombres".

"En todas estas rebeliones hubo intentos de establecer el diálogo, como se dice ahora, pero la respuesta fue la misma por parte de las autoridades: la represión", afirma. (36)

Con todos estos antecedentes, no parecería raro que una vez más la inconformidad de los indígenas se expresara en violencia después de acumular siglos de atraso, humillaciones, latrocinios, persecuciones, expulsiones y encarcelamientos.

## 5. Un mes que cambió la faz de México

*"El hombre que no tiene poder sobre su propia vida, no puede hacerse esclavo de otro por contrato, ni puede tampoco someterse al poder absoluto y arbitrario de otro que le arrebatará la vida cuando le plazca".*

John Locke

Un mes después de estallar la más cruenta rebelión armada en 76 años, la insurgencia zapatista parecía haber logrado cambiar la faz política de México, logrando más que la oposición legal en varios lustros, en especial durante el período de mayor empuje democrático, que comenzó con la reforma política del presidente José López Portillo, en 1977, que en realidad tuvo como artífice al llamado *ideólogo del sistema*, el veracruzano Jesús Reyes Heróles.

La reforma, aprobada en diciembre de 1977 al promulgarse la Ley de Organizaciones Políticas y Procesos Electorales (Loppe), permitió el registro legal del Partido Comunista Mexicano, después de 58 años en la clandestinidad de las catacumbas.

Este proceso tuvo sus méritos, porque abrió la puerta a otra organización de izquierda que en años pasados hubiera sido considerada demasiado subversiva, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de filiación *trotskista*.

La derecha también se reforzó al integrarse al arco partidista el Partido Demócrata Mexicano, formado con residuos de los antiguos sinarquistas que al grito de *Viva Cristo Rey* protagonizaron la guerra cristera a fines de los años 20.

En el fondo, esta reforma se inspiró en la vieja consigna *lampedusiana* de "cambiar todo para que todo siga igual".

El férreo control unipartidista del PRI se mantuvo y las modificaciones *gatopardistas* lo que hicieron en todo caso fue debilitar aun más a la maltrecha oposición, que se contentaba con vociferar en la cámara y cumplir un simple papel deliberativo y ceremonial para dar una fachada de democracia al país.

Por supuesto que no todo fue en vano. Esta reforma sentó los precedentes necesarios para que el gobierno aceptara discutir cada vez mayores concesiones a la irreverente oposición, que no siempre jugaba el incómodo papel de comparsa del sistema, sino a veces desafiaba al monstruo con temeridad digna de respeto.

Las cosas fueron distintas en 1994, al estallar la sublevación del EZLN. Como si se hubiera accionado la alarma del envejecido y herrumbroso sistema político mexicano, el gobierno del presidente Carlos Salinas superó muy pronto la confusión que lo embargó con la sorpresiva entrada en escena de los zapatistas y maniobró rápidamente retomando el control de la situación.

Sólo que para poder lograrlo tuvo que ceder más de lo que cualquier otro gobierno postrevolucionario hubiera hecho. "A partir del primero de enero de 1994, ni Chiapas ni México serán como antes", señalaba justo un mes después de iniciarse la rebelión en Chiapas el independiente Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas (CEOIC) una coalición de 280 agrupaciones que representaban a unos 800,000 habitantes de las comunidades nativas de Chiapas, en un mensaje dirigido a la cúpula de la guerrilla del EZLN.

Los primeros 30 días del conflicto se cumplían en un momento crucial: estaba cercano el primer encuentro directo entre el Comisionado para la Paz, Manuel Camacho y la comandancia insurgente, pero también existía el peligro de que el cese al fuego acordado por el Ejército mexicano y aceptado también por los zapatistas se rompiera.

Al finalizar enero de 1994, el Comisionado Camacho advertía que el dilema era inequívoco: "pactar la paz con democracia o el endurecimiento" del conflicto y señalaba que la situación era "muy frágil y podía verse alterada" en cualquier momento. El mediador Samuel Ruiz, obispo de San Cristóbal, en su homilía del último domingo del mes, había manifestado su preocupación por la cercanía entre los dos ejércitos --separados por una imaginaria "línea de fuego" de apenas 40 kilómetros de "tierra de nadie"-- y la indefinición de la coyuntura imperante.

El ejército denunciaba que la insurgencia continuaba hostigando a los indígenas y que mantenía sitiadas a unas 1,500 personas de un poblado de Ocosingo.

Pasara lo que pasara después de ese primer mes que estremeció - como los 10 días de John Reed en la Unión Soviética- a todo el país e incluso a una buena parte del mundo, el EZLN ya había obtenido abultados dividendos políticos que podían ser disfrutados por los mas de 80 millones de mexicanos.

En su lista de "trofeos de guerra", la guerrilla zapatista podía colocar las cabezas del poderoso Secretario de Gobernación, Patrocinio González Garrido; del blandengue gobernador de Chiapas, Elmar Setzer, y de varios de los colaboradores de este ultimo, considerados brazos ejecutores de la represión sistemática ejercida contra los campesinos del estado en los últimos años.

Los insurrectos también podían jactarse de haber influido para que fuera colocado un "hombre sin partido" como el mismo se definió, en la Secretaría de Gobernación, el abogado Jorge Carpizo, sin duda una figura de amplia reputación y dueño de un respetable historial político. Carpizo era una pieza clave para garantizar la mayor imparcialidad en el proceso electoral que se avecinaba en agosto y todavía en diciembre de 1993 mencionarlo como candidato a esta posición hubiera sonado a chiste de humor negro entre el segmento más conservador de la clase dirigente.

Otra anotación en favor de los alzados fue que el Congreso Chiapaneco escogiera a Javier López Moreno, hijo de una indígena de Los Altos y nativo de Tenajapa, en la zona de conflicto zapatista, como gobernador sustituto. Era sin duda un acto decidido desde el centro, pero el elegido era el "menos malo" y quien garantizaba un mínimo de comprensión en el manejo de la política estatal.

Los insurgentes también habían alcanzado logros que iban más allá de sus victorias en el terreno militar. Lograron que el gobierno decretara una condonación de impuestos por seis meses en la zona de conflicto. Asimismo, consiguieron que el gobierno aceptara una tregua unilateral, y que ésta fuera la más prolongada y acatada de sus similares en cualquier conflicto armado contemporáneo o cercano en el tiempo, fuera en El Salvador, en Bosnia o en cualquier otro lugar del planeta.

La urgencia del gobierno por preparar el terreno para que las campañas electorales se desarrollaran en un ambiente tranquilo permitió a los zapatistas orillar al régimen a aceptar el repliegue parcial de las tropas hacia bases fuera de las ciudades o cabeceras municipales o hacia guarniciones de plaza.

La mayor victoria, empero, ocurrió en la arena política. El Comisionado Manuel Camacho les ofreció otorgarles un "reconocimiento como fuerza política en formación", aunque esta propuesta la rechazaron firmemente. El subcomandante Marcos consideró que se trataba de "una broma".

Además, la última semana de enero se firmó un pacto político entre 8 de los 9 partidos con registro legal y el gobierno, por el cual éste se comprometía a garantizar elecciones presidenciales "transparentes", eventualmente aceptar una reforma a las leyes electorales y promover cambios que se visualizaban como una verdadera refundación del sistema político de partido único que regía desde 1929 y que había demostrado su palmaria inoperancia al estallar la sublevación armada.

Es, sin duda, "un paso histórico", en palabras del propio Cuauhtémoc Cárdenas, el escéptico entre los escépticos de cualquier pacto con el gobierno.

Pero eso no era todo. El mismo candidato del PRI a la presidencia, Luis Donaldo Colosio, propuso una "profunda reforma" del sistema político para equilibrar el balance entre los poderes del estado, esto es, para reducir el poder omnímodo y casi celestial del presidente de la República en favor de mayores facultades al minusválido Congreso, para entonces mera caja de resonancia, aliado incondicional y oficialía de partes del ejecutivo.

Los comentaristas políticos concordaban en que el país ya no era el mismo" y que probablemente el cambio de fisonomía era irreversible y no una simple *manita de gato* como las que se habían estilado en el pasado..



Cuánto iba a cambiar el país y en qué modo esta transformación se traduciría realmente en un sistema más democrático y participativo, o bien no iría mas allá del simple ámbito formal, eran preguntas que el tiempo se encargaría de resolver.

En todo caso, abundaban los escépticos. Por ejemplo, el ensayista Octavio Paz había escrito tres artículos en *La Jornada* en los cuales dudaba que por medio de la presión de las armas se lograra dar pasos hacia adelante en la transformación democrática del país.

"Ni por su poderío militar ni por su ideología el movimiento de Chiapas puede triunfar. En cambio, si puede ensangrentar esa región, arruinar la economía del país, dividir a las conciencias y, en fin, dar un golpe mortal a nuestro incipiente y débil proceso democrático".

Paz, sin embargo, no dejaba de reconocer el fondo "justo" de esta rebelión. "Es imposible -escribía- ignorar la otra faz de la revuelta de Chiapas: las iniquidades que denuncian las comunidades indígenas de Chiapas son bien reales y justas la mayoría de sus demandas". (37)

Aunque el Comisionado había insistido en separar la agenda nacional, de la agenda chiapaneca, era claro que había vínculos indisolubles entre ambas.

Los indígenas, pese a ello, tenían bien claro lo que querían a nivel local. La coalición independiente CEOIC, el 31 de enero de 1994, urgió en un comunicado a la comandancia de la guerrilla zapatista a apoyar sus proyectos de autogestión apresurando el diálogo con el gobierno.

En un documento de trabajo aparte, la alianza indígena chiapaneca establecía específicamente su proyecto para el futuro de Chiapas: un gobierno compartido con los indígenas. El texto, denominado *Hacia un nuevo pacto de los pueblos indios con el estado* proponía por primera vez la autonomía de los territorios indígenas.

El proyecto consistía en crear un "Consejo de Gobierno Indígena" formado por los representantes de las 7 etnias más importantes de Chiapas, que cogobernaría con el gobernador aceptado por la Federación.

También se proponía la existencia de una fracción parlamentaria indígena en la legislatura local. A nivel municipal, se planteaba la abolición de la figura de presidente para dejar en manos la autoridad comunal en un consejo indígena plural. Habría además una instancia intermedia entre la llamada "célula básica de gobierno" y el gobierno estatal, llamado Consejo regional pluriétnico.

Trasladado este esquema a nivel nacional, se planteaba en el documento crear un Parlamento Indígena, una suerte de bancada india o *caucus*, como se le llama en Estados Unidos.

Esta constaría de unos 40 miembros electos mediante la fórmula de la representación proporcional. Cada uno de los legisladores representaría a una región pluriétnica. En el Senado se proponía un esquema similar. Sin duda se trataba, por primera vez, de discutir una auténtica democracia representativa que no excluyera a los 15 millones de indígenas mexicanos.

A un nivel más amplio, también la revuelta en Chiapas ofrecía la oportunidad al sistema político mexicano de renovarse o morir y de hacerlo pacíficamente, sin trastornos dolorosos, sin quebrantos ni traumatismos irreversibles.

Las circunstancias del conflicto en Chiapas y la forma en que se desarrollaba el proceso para resolverlo, mostraba cierto paralelismo con el cambio político que se dio en Polonia a fines de la década de los 80.

Al igual que en Chiapas, en Polonia el movimiento social iniciado por el sindicato *Solidaridad* en la zona de los astilleros de Gdansk, fue ampliamente influido por la iglesia católica, aunque no de una corriente izquierdista como la representada por el obispo Ruiz.

Debido a este apoyo, ante todo moral, pero también material y político, el gobierno comunista desató una feroz represión contra la jerarquía católica e incluso las fuerzas de seguridad del régimen ejecutaron el asesinato del sacerdote Jerzy Popieluzko, un joven y carismático párroco de Varsovia.

Popieluzko, con su verbo inflamado, abogaba en favor del movimiento desde su parroquia en Zoliborz, el barrio de los intelectuales de la capital polaca.

Pero por encima del apoyo abierto o encubierto de la iglesia al movimiento *Solidaridad* en Polonia, lo más importante de las similitudes entre este caso y la insurrección en Chiapas de principios de 1994 radica en las expectativas históricas que ofreció para la transformación total del sistema político.

El ejemplo de Polonia bien podía ser seguido por los negociadores de la paz en Chiapas que se sentaron a la mesa del diálogo aquel histórico 21 de febrero en la catedral de San Cristóbal.

En efecto, los dirigentes de *Solidaridad* y el gobierno comunista pactaron en la denominada *Mesa Redonda* un acuerdo que resultó ser el principio del fin del sistema totalitario en Polonia, para dar paso a un sistema democrático de partidos, que en la todavía existente Unión Soviética ni siquiera se veía como una posibilidad.

Las discusiones de la Mesa Redonda se iniciaron el 6 de febrero de 1989. Por primera vez en la historia de la Polonia comunista los representantes del poder iniciaron conversaciones serias con la oposición, no sólo de *Solidaridad*, sino también la procedente de organizaciones ciudadanas y grupos disidentes.

Los cambios acordados sobrepasaron las expectativas más optimistas, no sólo de las partes involucradas, sino del mundo entero. Las discusiones se prolongaron hasta el 5 de abril. Fueron meses históricos que sentaron las bases de una verdadera "revolución política".

Las autoridades se planteaban el dilema de si aceptaban a Solidaridad como "enemigo" o como "socio" del cambio, exactamente tal y como ocurría con el inicio de las negociaciones en Chiapas.

El movimiento obrero, por supuesto, no podía tener coincidencias con los comunistas, pero tampoco estaba dispuesto a una lucha sin cuartel y sin compromisos en contra del gobierno. Quizá también pasaba lo mismo con los zapatistas. Los dirigentes de Solidaridad, como el EZLN, entendían perfectamente que el contexto nacional e internacional no era propicio para tomar el poder por la fuerza. La pregunta que gravitaba entonces era si podía darse una cohabitación pacífica entre el movimiento sindical y el Partido Comunista, cuyo poder era casi absoluto e indivisible.

El 13 de diciembre de 1981, el gobierno ya se planteaba esa disyuntiva, pero decidió optar por declarar la guerra al sindicato. El general Wojciech Jaruzelski, de un plumazo, quiso liquidar el problema, como Alejandro Magno, deshaciendo con la espada el "nudo gordiano".

El fracaso de esa política lo atestigua el hecho de que 8 años después, el mismo dilema se mantenía invariable, y el gobierno se vio obligado a negociar no sólo unas cuantas concesiones, sino al existencia misma del sistema comunista.

Una de las tesis del principal asesor de Walesa, Adam Michnik, planteadas antes de iniciarse las negociaciones, era que si las reformas sometidas a discusión no eran apoyadas por lo menos por una parte del *establishment* gobernante no tendrían éxito. Todo cambio político conlleva una oportunidad, pero también una amenaza. En el caso de Polonia, se perfilaban dos caminos probables: o se producía un cambio democrático o un nuevo despotismo. Este último sería resultado de una revolución triunfadora, como en Nicaragua o Irán, o la revancha represiva de la clase contrarrevolucionaria gobernante, como en Chile o en Polonia, advertía Michnik.

"La condición indispensable para la realización pacífica de las transformaciones sociales o políticas es alcanzar un compromiso entre las fuerzas que postulan las reformas con el ala más flexible de la clase gobernante", decía.

Michnik recordaba que ese compromiso se alcanzó en España y el efecto fue la transformación del despotismo franquista dentro del sistema de la democracia parlamentaria. ¿Sería tal cosa posible en Polonia?, se preguntaba el asesor de Walesa. (38)

Al cabo de dos meses de intensas negociaciones, las partes firmaron 4 documentos que sumaban unas 200 páginas y que, en materia política, se resumían en los siguientes compromisos históricos sin precedentes en 4 décadas:

- Pluralismo político, derecho a la libre asociación de organizaciones políticas, sociales y sindicales.
- Libertad de expresión y la posibilidad de acceso de diversas fuerzas políticas a los medios de información.
- Elecciones democráticas a todos los niveles del poder estatal.
- Independencia del poder judicial y de sus facultades de control de otros órganos encargados de salvaguardar la legalidad y el orden público.
- Autogestión territorial con plenitud de derechos. (39)

También se incluían reformas radicales en materia económica orientadas al abasto de alimentos, el equilibrio del presupuesto gubernamental, la inflación y la protección del empleo.

Al iniciar las negociaciones, el representante gubernamental Czelsaw Kiszczak, sostenía firmemente que el socialismo debía mantenerse como el sistema de gobierno, pero "con rostro democrático y humanista". Todos aceptaban que los cambios eran necesarios, pero aceptaban que había que realizarlos en forma gradual.

Se argumentaba que no estaban a discusión los logros sociales de 40 años de comunismo polaco.

Al final de cuentas, todo el sistema sufrió un cambio radical. Ni siquiera los acuerdos políticos definían cómo quedaría la nueva correlación de fuerzas. Ciertamente es que se acordó que la organización en el poder, el Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), aliado con otras dos formaciones "satélites", la Alianza Polaca Popular y la Alianza Democrática, tendrían "amarradas" el 60 por ciento de las bancas del parlamento.

Sin embargo, en las elecciones de junio de 1989, el POUP sufrió una derrota estrepitosa y fue traicionado por sus dos aliados incondicionales, que emprendieron una estampida, lo que significó prácticamente la sepultura del partido que había gobernado con mano dura por cuatro décadas el país.

Jaruzelski, sin embargo, fue electo como jefe del estado, al crearse el sistema presidencial, pero tuvo que renunciar a su membresía del partido, en virtud de que debía actuar con imparcialidad.



El representante del "pasado estalinista" no duró mucho en su frágil posición, pues de inmediato le fue puesta una cuña por el astuto Walesa, que maniobró para que fuera nombrado uno de sus allegados como primer ministro, Tadeusz Mazowiecki. El viraje político de un sistema comunista a uno democrático de libre mercado se consumó. El efecto de los compromisos de la Mesa Redonda fue de largo alcance. En principio se hablaba de elecciones limitadas. Esto fue el primer paso. En los comicios de 1994, triunfaron los socialdemócratas, que en su mayoría habían formado parte de las filas comunistas, quienes no obstante anunciaron que no habría un regreso al pasado, constatando que las decisiones de la Mesa Redonda habían sido correctas y de largo aliento.

Fue un verdadero golpe de timón el surgido de la mesa de negociaciones, impulsadas por un movimiento social iniciado 10 años atrás. Una gran coincidencia con la insurrección en Chiapas.

¿Podía suceder algo así en el México de principios de 1994?

No se sabe, pero el caso de Polonia ilustra cómo en México se presentaba al finalizar el primer mes del conflicto una oportunidad única para el cambio político, sin llegar a dirimir las controversias por medio de las armas.

Enrique Krauze también parecía creer en ésta transformación pacífica de un país a otro.

"Desde el 1 de enero de 1994 el país no será ya el mismo" -escribía en un artículo periodístico publicado al entrar en su noveno día las hostilidades entre el ejército y los zapatistas.

"¿Qué hacer?", se preguntaba con justificada curiosidad. "A la larga muchas cosas -decía-. Entre ellas un cambio histórico verdaderamente solidario del México moderno hacia el México tradicional, el de los humildes. Pero por lo pronto, hay que asegurar la más absoluta equidad y limpieza en todos los tramos y aspectos del proceso electoral. Desde hace años, la democracia ha sido el único camino posible de reconciliación nacional. Hoy significa algo más: la vía de la salvación". (40)

La pregunta que, sin embargo, gravitaba en el ambiente, cargado de presagios ominosos y de barruntos de tormentas, rondaba en torno a si el gobierno lograría conciliar a todas las fuerzas antagónicas que se movían en su seno para conseguir un mínimo de consenso que le permitiera impulsar al país hacia esa esperada transición.

Era obvio que no todos estaban de acuerdo en un cambio de este tipo.

Los "halcones" o ala dura del estado, representados por el ejército y las todavía poderosas, pero ya anquilosadas corporaciones sindicales; los empresarios temerosos de que la transición representara una vuelta a la "pesadilla populista" del echeverrismo.

También parte del clero político y los grupos conservadores se unían al coro de "aniquílenlos de una vez" gritado al unísono por los terratenientes en Ocosingo.

Las "palomas" o sectores favorables al diálogo, donde también se incluía a una parte de la iglesia, a empresarios liberales, a un sector de la izquierda moderada y quizá a Camacho y Carpizo, acompañados tal vez por un amplio y respetable segmento de la intelectualidad, pretendían que la faz de México cambiara para bien, a fin de desembocar en un sistema más democrático que diera oportunidad por fin al pueblo, a la gente común, a los indígenas, hacero oír su voz e influir en las grandes decisiones.

Es claro que los primeros eran aquellos a los que aludía el obispo Ruiz cuando hablaba de "signos negativos" en el proceso de paz y "gente interesada que está desfavoreciendo" las negociaciones.

Otro ejemplo de barruntos negativos era la amenaza de la extrema derecha. El último día de enero, como si fuera un presagio, el diario *La Jornada* recibió una amenaza de un desconocido Frente Anticomunista Mexicano, que en una hoja de papel decía: "La guerra ha comenzado... no pasará la jauría de comunistas y su vocero *La Jornada*, apologista del vituperio rojo".

Antes la extrema izquierda, representada por el PROCUP-PDLP había ya reivindicado una ola de atentados dinamiteros, que no cobraron víctimas por fortuna, pero mantuvieron en estado de alerta y tensión a la capital mexicana y varios estados del país.

El cambio se gestaba en medio de dolorosas contorsiones de la parturienta. El alumbramiento estaba cercano, pero nunca podía descartarse un aborto que, en el caso de las mujeres como en el de los países, siempre es más probable en los primeros meses.

## 6. El Comandante Sammy y la Teología de la Liberación

*"Fue un político, un hombre de acción y no sólo un teórico. Fiel a Cristo, emprendió una audaz batalla contra la crueldad y la codicia de sus compatriotas".*

Fernando Benítez

Simpático, políglota, corto de vista -pero no de criterio-, el obispo Samuel Ruiz es un hombre a todas luces poco común.

Para los ganaderos de Chiapas, se trata de un *guerrillero con sotana*, y un hombre *mesiánico*; para los indígenas pobres, es como un *padre protector*, el *heredero espiritual* de Fray Bartolomé de Las Casas; la prensa lo bautizó jocosa -aunque también maliciosamente- como el *comandante Sammy*.

El gobierno, que lo miraba con recelo, sabía aquellos azarosos días del inicio del conflicto que al margen de si era un héroe o villano, constituía un protagonista de la guerra y , por tanto, había que involucrarlo en las negociaciones de paz.

Fernando Benítez lo había descrito en 1966, en su célebre libro *Los Indios de México* como una persona de apariencia agradable y sencilla detrás de la cual se "esconde un fanático".

Ruiz "distribuye equitativamente su odio entre un comunismo que él necesita inventar a diario para mantenerse en actitud combativa y un protestantismo contra el cual no puede luchar, pero que a diario le sustrae algunas ovejas de su aprisco", escribió Benítez.

Seguramente el obispo Ruiz cambió de visión al paso de los años y a medida que fue interiorizándose de la situación lasterante de su diócesis.

Visto como un ser humano, sin penetrar en su personalidad y su espíritu ciertamente singulares, el obispo Samuel Ruiz es un hombre de apariencia tranquila. Sus lentes de alta graduación lo delatan más como un intelectual que como un misionero. Su estatura regular no suele impresionar mucho. A primera vista se pensaría que don Samuel es un obispo ocupado más en cuestiones burocráticas que en lidiar con una grey altamente conflictiva y politizada.

Sin embargo, ocurre exactamente lo opuesto. El obispo atiende una diócesis que se ha convertido en un verdadero polvorín, una región volátil que generó un fermento de inconformidad tal que dio lugar al estallido del alzamiento armado zapatista.

Si la imagen que proyecta el obispo es de un hombre apacible, en realidad es un verdadero volcán, que al subir al púlpito se transforma convirtiéndose en un hombre de verbo inflamado que contagia y convence.

Por algo se le consideraba *factotum* en la solución del conflicto chiapaneco e incluso se le acusaba de haber sido el autor intelectual y aún material de la revuelta.

¿Era don Samuel responsable de lo que estaba sucediendo? ¿Había fraguado todo el plan para que se levantara el pueblo en armas? ¿Cuál fue el grado de influencia que tuvo en los sucesos?

Las cosas se interpretaron sin matices, simplificando la realidad y achacándole a don Samuel la culpa de lo que pasaba, principalmente porque el obispo Ruiz se había convertido en el principal portavoz de las denuncias indígenas por violaciones a los derechos humanos.

El mismo obispo, que llevaba 34 de sus 69 años al frente de la convulsionada diócesis, se había confesado sorprendido por la determinación de los indígenas de alzarse en armas.

"No imagino la decisión de un indígena de levantarse en armas, después de que los hemos conocido por muchos años sumiso, pero de pronto constituyen un movimiento que no sólo está interpelando al país, sino al mismo sistema internacional", señalaba en estos aciagos días monseñor Ruiz.

Lejos de aceptar la culpabilidad de lo que pasaba, don Samuel invirtió la ecuación. La labor pastoral de la iglesia en la zona -dijo- retrasó al menos una década el estallido.

"Si no hubiera habido" la presencia de la iglesia católica en Chiapas "esto hubiera reventado hace 10 ó 15 años". (41)

Como exponente de la *Teología de la Liberación*, el obispo Ruiz imprimió una orientación a su prédica y a su labor pastoral en favor de los pobres, de los desheredados y de los oprimidos, esto es, de los indígenas.

¿Por qué se dice que la *Teología de la Liberación* o *Iglesia de los Pobres* es la ideología que movió a los indígenas a sublevarse?

Habría que definir primero a esta corriente teológica para luego vincularla con la realidad chiapaneca.

El obispo emérito de Cuernavaca, don Sergio Méndez Arceo, que hasta su muerte en 1993 había sido el principal exponente de la *Iglesia de los Pobres* en México, la definía así:

"La *Teología de la Liberación* es una teoría de carácter social y religioso que parte de una necesidad: realizar la liberación político-social de los pueblos latinoamericanos. La *Teología de la Liberación* hace comprensible al cristiano esta necesidad social a la luz de la fe y de la acción del cristiano comprometido en ese cambio social y en la construcción inmediata de una nueva sociedad liberada. (42)



Aplicando estos principios, Ernesto Cardenal, el ex sacerdote y ex ministro de Cultura de Nicaragua, que también suscribe esta corriente teológica, hablaba del carácter "justo y legítimo" de la lucha zapatista y decía que el propio Concilio Vaticano II distinguió entre dos tipos de violencia: la legítima y la ilegítima. La primera es la de los oprimidos que se defienden, y la segunda la del opresor que agrede".

Cardenal explicaba que "la iglesia ha reconocido desde hace muchos siglos el principio de la Guerra Justa" e incluso ha canonizado a "santos guerreros" como Juana de Arco, Fernando, Rey de España y Luis, Rey de Francia, que murió en una cruzada.

Para el ex sacerdote la acusación de que hubo una infiltración de teólogos de la liberación entre los guerrilleros zapatistas no es descartable.

"Su presencia me parece legítima (...) yo no digo que los laicos, los civiles, los campesinos, cuando no les queda otro remedio, pueden usar las armas. Por eso me parece necesaria la precisión teológica: no toda lucha armada es ilegítima, ilegal o inmoral", exponía Cardenal.  
(43)

El más importante exponente de la *Teología de la Liberación* en el mundo, el sacerdote brasileño Leonardo Boff, sostenía idéntico enfoque y poco después de desencadenarse la insurrección armada habló de la guerrilla zapatista como una "rebelión legítima".

Para Boff "si hay elementos de liberación y de *Teología de la Liberación* en los grupos que "están metidos" en la lucha zapatista. El teólogo, empero, hacía un deslinde importante.

"La *Teología de la Liberación* existe porque primero ya está en curso un proceso de liberación que sirve de material de reflexión" y, por lo tanto, lo único que hace es "reforzar el proceso real, histórico, del pueblo, por su liberación".

Dicho en otras palabras y haciendo una paráfrasis menos complicada, se diría que el obispo Ruiz podría haber influido en la rebelión zapatista, pero porque existía ya un fermento de inconformidad, había hambre, miseria, abandono, ultrajes, opresión y humillaciones contra los indígenas. Boff aseguraba que "la decisión de las armas no es una decisión de los oprimidos. La violencia que ellos utilizan es una defensa contra una violencia primera que se hace insoportable". El religioso brasileño estimaba que la rebelión zapatista "es un derecho de la vida y es también una protesta política contra todos los fracasos de medidas gubernamentales que no atienden, mínimamente, la degradación del pueblo".

Respecto al obispo Ruiz, lo veía como "un obispo extremadamente consecuente" y "uno de los protagonistas de la *Teología de la Liberación* a nivel del episcopado latinoamericano". (44)

¿Hasta dónde llegaba la responsabilidad del obispo Ruiz? Aún considerando la orientación de la *Teología de la Liberación*, no hay hasta ahora ninguna prueba que dé la razón a quienes lanzaron "dardos envenenados" contra el obispo.

Probablemente en sus prédicas llamaba a los indios a no dejarse explotar ni aplastar, pero resulta dudoso que les haya entregado los fusiles, les haya diseñado los planes para levantarse o los haya impulsado a una "guerra suicida" como él mismo la llamó.

El obispo, nacido en Irapuato, Guanajuato, es un hombre erudito que domina el español, el francés, el italiano, el alemán, el tzeltal, el tzotzil y el inglés, además de conocer el griego, el hebreo y el latín. Ruiz, uno de los pocos obispos mexicanos activos que se incluye entre los 2,400 participantes en el Concilio Vaticano Segundo, que reorientó la labor de la iglesia hacia una responsabilidad más comprometida con la sociedad, ha dirigido su acción en concordancia con las líneas establecidas en ese encuentro.

Hasta antes de llegar el obispo Ruiz a San Cristóbal, se solía catequizar a los indios en función de esquemas ajenos, occidentalizados. El obispo imprimió un nuevo enfoque a la labor evangelizadora entre los indios, buscando sembrar la palabra de Dios en función de sus propias tradiciones, culturas e idiosincracia.

"El anuncio de Cristo y la organización de la iglesia, para ser realmente católica, tenía que ser también tzeltal para los tzeltales, tzotzil para los tzotziles, chol para los choles, tojolabal para los tojolabales y mestiza para los mestizos, sin por eso tener que perder un ápice de la verdad revelada ni separarse un milímetro de la comunión con el Romano Pontífice ni con la iglesia encarnada en otras culturas", dice un documento sobre la trayectoria del obispo elaborado por los agentes de pastoral de la diócesis de San Cristóbal. Este enfoque en realidad chocaba con el defendido por el sector más reaccionario de la jerarquía de la Santa Sede, particularmente por el cardenal Joseph Ratzinger, quien era partidario de "expresar la fe en una terminología que no era necesariamente la tradición romana".

En ese afán de mostrar el "reino de Dios" a los indígenas para que lo entendieran en su propio contexto y dado que las comunidades de Chiapas vivían en situación de marginación, opresión y manipulación, el obispo Ruiz enfrentó "acusaciones superficiales, desconfianzas institucionales y, a veces, hasta algunas medidas humillantes", dice el documento.

Hay que recordar que en las semanas previas al levantamiento armado, en plena campaña del ex Secretario de Gobernación, Patrocinio González Garrido, para desbancar al obispo de la diócesis, monseñor Ruiz fue acusado de "graves errores pastorales y doctrinales" supuestamente por la Santa Sede, según se lo dio a conocer el nuncio apostólico Girolamo Prigione.

Ex presidente del Departamento de Misiones de la Conferencia Episcopal Latinoamericana y de la Comisión Episcopal de Pastoral Indígena de la Conferencia del Episcopado Mexicano, Samuel Ruiz dijo no reconocerse en estas acusaciones y recibió una avalancha de demostraciones solidarias de todo el mundo.

Sin embargo, no amainó la andanada de ataques contra el obispo al que se seguía involucrando en la revuelta aún cuando fue aceptado como mediador en el conflicto.

A través del columnista Juan Bustillos, director de la Revista *Impacto*, se lanzaron serios ataques contra el obispo y sus colaboradores.

Ciertamente, Monseñor Ruiz había iniciado un movimiento de evangelización con catequistas pertenecientes a las propias comunidades. Esa fue la razón por la cual se le acusó de haber sembrado "la semilla de la discordia" y de haber insuflado en los indios ideas para levantarse.

Bustillos afirmó que la diócesis de San Cristóbal cuenta con 7,000 catequistas, 75 sacerdotes -algunos de ellos extranjeros- y una cantidad indefinida de monjas. Amparado en información privilegiada cuyo origen se desconoce, el columnista señalaba que "la cabeza invisible" del EZLN era un "sacerdote alemán" que el obispo Ruiz había llevado a trabajar a San Cristóbal seis años atrás y quien "cohabita con una ciudadana canadiense".

El informe se completaba con la mención de otros dos colaboradores de la diócesis del obispo Ruiz: Pablo Romo, secretario ejecutivo del Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, manejado por la diócesis y Joel Padrón, el sacerdote de Simojovel que fue encarcelado 40 días en septiembre de 1991 acusado de invadir un terreno y apropiarse de unas gallinas, cargos que nunca fueron probados y por lo tanto motivaron su liberación.

Dentro de la misma línea encaminada a vincular al obispo, sin presentar nunca pruebas consistentes, se difundió el 8 de enero un documento supuestamente de la Procuraduría General de la República, aunque luego el titular de esa dependencia, Jorge Carpizo, desmintió que haya sido emitido desde su oficina, si bien señalaba que ese texto si existía.

En ese escrito se mencionaba a varios sacerdotes que trabajan en Chiapas como personas sujetas a investigación por sus nexos con la insurgencia.

Entre otros, se hablaba de Orlando Lomelí Lomelí que había trabajado en la catedral de San Bartolomé de los Llanos, en Venustiano Carranza. Se señalaba a Antonio Van de Meulebrucke, un religioso belga que laboraba en la parroquia de la Virgen de la Candelaria, en Sacaltengo.

No se dejaba a un lado a Joel Padrón, pero también se mencionaba a los sacerdotes estadounidenses Alan Velquin y Pablo Nadelny, con base en el poblado de Salto del Agua.

En fin, seguían varios otros nombres, entre los cuales no podía faltar, por supuesto, el obispo Ruiz.

Las acusaciones siempre cayeron por su propio peso ante la falta de pruebas. ¿Hasta donde llegó la responsabilidad del obispo Ruiz? Es muy difícil comprobarlo. Si predicar contra la injusticia y la opresión; alzar la voz ante la explotación irracional y despiadada y clamar en favor de la justicia era incitar a la rebelión, entonces sí se puede atribuir una responsabilidad en el conflicto al *obispo de los pobres*. Sin duda, no se puede hacer un juicio completo sin considerar todos los elementos que confluyeron para generar una rebelión de esta naturaleza. Al hacerse señalamientos temerarios sobre la culpa del obispo y sus colaboradores se parte de un supuesto falso: que los indios son como menores de edad, incapaces de tomar decisiones propias y de construir su destino.

En realidad, como herederos de la sabiduría ancestral de los mayas, los indígenas de Chiapas son hombres sabios y reflexivos. No hay que desconocer también que en el estado confluyeron un coctel de grupos ideológicos residuales de la guerrilla de los años 70, probablemente de la insurgencia guatemalteca, inclusive maoístas seguidores de *Sendero Luminoso* (como lo prueban los volantes que se distribuyeron meses antes del levantamiento en la zona).

También se puede mencionar a misioneros estadounidenses e incluso antropólogos, sociólogos y psicólogos sociales. Hasta Fidel Castro entrenó en la selva Lacandona junto con sus fuerzas rebeldes, según llegó a contar el obispo Ruiz.

La antropóloga Xóchitl Leyva Solano recuerda que "en las últimas tres décadas la vida social de Las Cañadas, Ocosingo, Altamirano-Las Margaritas se estructuró a partir de varios ejes como: ser católico seguidor de la pastoral impulsada por Don Samuel; ser hablante de alguna lengua mayense; ser poblador de Las Cañadas; ser militante de alguna unión de ejidos; haberse formado dentro de algunos preceptos maoístas diseminados en la zona hasta principios de los 80".

"Estamos frente a un comportamiento político-militar asimilado, creado y recreado lenta y clandestinamente. No aceptar esto es reducir a los campesinos-indígenas a menores de edad, es caer en la tentación de reproducir las visiones paternalistas características del estado mexicano". (45)

El mismo Octavio Paz aceptó que no fue una sola influencia la que motivó la insurrección.



"¿Cuál es la procedencia de los grupos infiltrados entre los campesinos? Sus orígenes ideológicos, a juzgar por sus declaraciones y por su retórica, parecen relativamente claros: retazos de las ideas del maísmo, de la *Teología de la Liberación*, de *Sendero Luminoso* y de los movimientos revolucionarios centroamericanos. En suma, restos del gran naufragio de las ideologías revolucionarias del siglo XX". (46)

Por sobre todas estas interpretaciones, no puede hacerse a un lado un hecho incontrovertible: había miseria, explotación, ultraje y hambre. Esas fueron las bases reales del conflicto. Ese sedimento volátil fue aprovechado por muchos para desatar y avivar la hoguera. Un cerillo sólo no prende si no hay paja o gasolina o si carece de oxígeno. El combustible estaba ya diseminado. Algunos tuvieron sólo que arrojar la mecha prendida.

## 7. El Subcomandante Marcos: villano admirado y héroe popular

*"...Ha leído mucho más a Carlos  
Monsiváis que a Carlos Marx".*

Carlos Fuentes

Unos cuantos días después de estallar la sublevación zapatista, su principal cabecilla, el Subcomandante Marcos, el misterioso hombre que apareció con pasamontañas en la plaza y el kiosco de San Cristóbal de las Casas aquel frío y turbulento año nuevo de 1994, se había convertido ya en un fenómeno social. Era el personaje de moda, el villano admirado y casi un héroe popular.

Quizá haya muy pocos casos documentados en la historia reciente de México como el de Marcos, que en en cosa de una semana, sin ayuda de la televisión, haya podido alcanzar tal nivel de fama nacional e internacional y haya logrado suscitar sentimientos tan opuestos, aunque tal vez era visto con más simpatía que encono. Incluso llegó a convertirse en algo parecido a un *sex simbol*.

El subcomandante Marcos, el hombre más buscado desde el principio de la rebelión, sin duda superó los *15 minutos de fama* a los que todos los seres humanos tenemos derecho como decía Andy Warhol.

Cada día que pasaba del conflicto, cuando menos durante las primeras semanas, la estrella de Marcos rutilaba con más destellos alucinantes.

Inclusive un corrido dedicado a los zapatistas que comenzó a escucharse clandestinamente en los primeros días de febrero de 1994 en *cassettes* y a ser interpretado por tríos de Los Altos en cantinas y lugares *non sanctos* dedicaba su estribillo a Marcos.

*La población ya denuncia  
y reconocen a Marcos  
México te quiere mucho  
Aunque se enojen los diablos.*

¿Quién era Marcos?, era la pregunta que agujoneaba a todos los mexicanos, desde el presidente hasta el hombre de la calle,

"Es, sin duda, un cura", dijo al autor un taxista de San Cristóbal. Su argumento era simple: la forma de caminar del "subcomandante", según lo comprobó el día de la toma de la ciudad, era la típica de un sacerdote, que suele dar pasos cortos porque la sotana le impide andar libremente. Con el tiempo, aún usando otro tipo de ropa -uniforme de campaña, por ejemplo- la costumbre se queda.

Muchas personas más ilustradas opinaban algo semejante, pero no por este detalle tan subjetivo, sino por la evidente erudición de sus escritos, su modo didáctico de explicar las cosas más profundas en los términos más simples -un estilo peculiar, por ejemplo, de los jesuitas- y sus vuelos líricos.

Al hacer un análisis de contenido de sus textos, especialistas de la Secretaría de Gobernación citados por una revista local habían llegado a la conclusión de que su forma de escribir era típica de un académico de clase media del Distrito Federal.

Ya se ha dicho páginas atrás que la identidad del *subcomanche*, como lo llamaba el caricaturista *Magú* --quien por cierto lo dibujaba con su habitual irreverencia lanzando avioncitos dirigidos a Camacho desde la montaña-- fue varias veces supuestamente develada y luego desmentida. El ornitólogo venezolano Peter Bichien Garrido fue detenido 8 horas e interrogado largamente por tener los mismos rasgos físicos y transitar en la zona de conflicto. El abogado Walter Meade Treviño también fue señalado por "fuentes de inteligencia" como el mismísimo Marcos. El párroco de Simojovel, Joel Padrón, aquel hombre que tuvo que pasar 40 días en la cárcel acusado de robar gallinas e invadir un predio, también fue mencionado como sospechoso de ser el Subcomandante. Curiosamente éste último ni siquiera reunía mínimamente el *identikit* del temido guerrillero zapatista.

Muchas otras personas fueron acusadas de ser Marcos. Fue el caso de Alejandro Muñoz, de 42 años, Secretario General del Sindicato de Obreros de Altamirano, quien por su tez blanca, ojos verdes y bigote rubio, permaneció 22 días encarcelado en la prisión de Cerro Hueco, en Tuxtla Gutiérrez, acusado de ser el subcomandante Marcos, hasta que se le dejó en libertad el 28 de enero.

Estas confusiones lo único que hicieron fue alimentar más aún la curiosidad y el desconcierto sobre la real personalidad de uno de los jefes más notorios de los alzados.

De Marcos sólo se sabía que era blanco, de 1.74 metros de estatura, ojos verdes, cacarizo y políglota.

La revista *Epoca* había sido la nota discordante en los testimonios sobre su aspecto físico y afirmaba que en realidad se trataba de "un hombre de aproximadamente 1.70 metros de estatura, tez apiñonada, ojos color miel, barba cerrada, con cicatrices de viruela en el rostro, ceja semipoblada e intensamente negra", con acento "como el de un *defeño*, complexión "corpulenta" y "manos callosas".

Las únicas fotos que se le habían tomado al estallar la rebelión lo mostraban como un hombre bien plantado, buen orador, amable y muy afectuoso.

A través de la ranura del pasamontañas se alcanzaba a observar su nariz aguileña y se adivinaba detrás de la capucha una poblada barba, la cual se rascaba insistentemente, según lo comprobaron los periodistas que lo entrevistaron en múltiples ocasiones. No se conocía todavía su rostro completo y ya había muchos retratos hablados.

Lo que sí se sabía muy bien era su estilo epistolar. En sus comunicados a la prensa y al Comisionado Camacho combinaba un estilo formal y solemne, con frases jocosas, expresiones poéticas y sentencias filosóficas.

Hombre de facetas múltiples, a través de sus textos Marcos arengaba unas veces y otras filosofaba. En momentos se expresaba como antropólogo o sociólogo. Luego exhibía sus conocimientos sobre teología y también alardeaba de su vasto bagaje en materia de historia o literatura.

Así fue articulando y fortaleciendo su imagen de fascineroso que transgrede la ley para beneficio de los desheredados y olvidados de la tierra, una especie de Chucho el Roto o Robin de Sherwood.

En un país de graves carencias y ausencias, sobre todo de figuras carismáticas, sin duda el subcomandante Marcos llenaba un vacío y alimentaba un delirio del inconsciente colectivo. Hasta las mujeres suspiraban al hablar de él.

Su pasamontañas le confería una aura todavía más interesante y misteriosa, casi mística. Lo hacía un hombre quijotesco e idealista, que a pesar de su escualidez había logrado desafiar los molinos de viento del sistema, alterando sus coordenadas tradicionales.

Sin duda, Marcos marcaba el ritmo y la pauta de la guerra desde el primer momento de la insurrección armada, cuando el gobierno se mostró repentinamente incapaz de enfrentar la situación y parecía haber fallas en la cadena de mandos del régimen.

De las múltiples facetas de Marcos, una de las más atractivas era quizá la del humor.

Sin duda, la decisión de tomar las armas era para los zapatistas un recurso extremo que habían venido pergeñando por décadas. Se trataba de una determinación crucial que entrañaba una tragedia para muchas familias. Al iniciar la rebelión, empero, uno de sus jefes tomaba las cosas con calma y se daba algunas licencias irónicas, rompiendo con el estilo seco y hosco de los dirigentes guerrilleros tradicionales.

En el primer comunicado después de la declaración de guerra del EZLN del primero de enero, concretamente con fecha 6 de enero, el comandante Marcos habló con mucha seriedad refiriendo, por ejemplo, el drama vivido por los indios chiapanecos en la última década, cuando murieron "más de 150,000 de nuestros hermanos por enfermedades curables"

En su comunicado del 11 de enero, donde el EZLN saludaba el nombramiento de Camacho Solís, el subcomandante Marcos se limitaba a reiterar su "disposición al diálogo".

Fue hasta el 13 de enero, en una carta a tres periódicos, cuando el subcomandante comenzó a mostrar su personalidad proclive al sarcasmo y a la ironía. Hablando sobre las confusiones de su identidad, por ejemplo, bromeaba así: "doble contra sencillo a que con esa *media filiación* van a acabar deteniendo al que protagoniza a *Juan (del) Diablo* en la telenovela *Corazón Salvaje* del canal, *but of course, de las estrellas*.

También preguntaba puntilloso: "¿Servirá todo esto para que, siquiera, los mexicanos aprendan a decir Chiapas en lugar de *Chapas* y digan tzeltales en lugar de *setsales*?".

En su correspondencia del 20 de enero, dirigida a los medios habituales (*Proceso, La Jornada, El Financiero* y el diario coleteo *El Tiempo*), Marcos iniciaba así: "Debo comenzar por unas disculpas ("mal comienzo", decía mi abuela)". La despedida era del mismo tenor: "Salud y un abrazo, y con este frío ambas cosas se agradecen (creo) aunque vengan de un *profesional de la violencia*.

En otra carta, el subcomandante Marcos hablaba de que los zapatistas tenían planes para llegar hasta la misma capital mexicana, pero que dudaba si harían una parada en *Tres Marías* para "comer quesadillas".



En una entrevista otorgada al diario *La Jornada* el 5 de febrero, Marcos hablaba de la posibilidad de que el diálogo se llevara a cabo en el Distrito Federal y decía: "si quieren aniquilarnos por asfixia, pues sí pueden llevarnos ahí. Lo que no pudieron hacer los *rockets* de Godínez lo va a hacer el *smog*".

En esa misma ocasión, refiriéndose al hecho de que los delegados de la guerrilla debían ir desarmados a la mesa del diálogo con el gobierno, exponía que la Cruz Roja no dejaba "que haya más armas que la que Dios nos dio".

Con la misma capacidad de reírse aún abordando las cosas más serias, Marcos relataba la forma en que el EZLN había planeado la guerra y decía haberse inspirado como estrategia en Pancho Villa y como guerrillero en Zapata.

"Lo demás -confesaba despreocupado- lo sacamos de un manual del Ejército Mexicano que cayó en nuestras manos, de un manualito del *Pentágono* y de unos textos de un general francés que ya no me acuerdo como se llama".

La vena humorística estaba, como se ve, bien desarrollada en un jefe insurgente al parecer curtido en las inclemencias y hostilidades de la vida en la selva.

La vena poética de Marcos, sin embargo, parecía no menos acendrada en su personalidad.

En su comunicado del 11 de enero, Marcos empezaba con la frase "Nuestra voz empezó a caminar desde siglos y no se apagará nunca más". Eran palabras que transmitían resolución, pero también una enorme sensibilidad y una fuerte carga emocional.

En su famosa carta para reaccionar a la amnistía otorgada por el gobierno, Marcos hacía preguntas verdaderamente estremecedoras que, por supuesto, transmitían lirismo puro.

"¿Quién tiene que pedir perdón y quién otorgarlo?", preguntaba con elocuencia el dirigente y ésta era una de las respuestas que sugería:

"¿Nuestros muertos, tan mayoritariamente muertos, tan democráticamente muertos de pena porque nadie hacía nada, porque todos los muertos, nuestros muertos, se iban así nomás, sin que nadie llevara la cuenta, sin que nadie dijera, por fin, el *!Ya Basta!* que devolviera a esas muertes su sentido, sin que nadie pidiera a los muertos de siempre, nuestros muertos, que regresaran a morir otra vez pero ahora para vivir?".

El documento que realmente es una pieza bien trabajada de literatura, con toda su fuerza creativa y su solidez formal, fue publicado por *La Jornada* el 27 de enero de 1994.

Según el texto que lo acompaña, fue enviado por el EZLN, que aclaraba que había sido escrito a mediados de 1992 por el subcomandante Marcos. La parte final de *Chiapas, el sureste en dos vientos, una tormenta y una profecía*, honra a su autor y lo consagra como un hombre de auténtica vocación por las letras.

"LA TORMENTA...

*...la que está*

*Nacerá del choque de estos dos vientos, llega ya su tiempo,  
se atiza ya el horno de la historia. Reina ahora  
el viento de arriba, ya viene, el viento de abajo,  
ya la tormenta viene... así será...*

LA PROFECIA...

*...la que está*

*Cuando amaine la tormenta, cuando lluvia y fuego  
dejen otra vez la tierra, el mundo ya no será el mundo,  
sino algo mejor".*

Marcos, ya no había lugar a dudas, era un intelectual y un hombre bien forjado para la literatura, pero había escogido el sendero más espinoso de la vida: la lucha armada.

En esta faceta, la de combatiente, también se manifestaba como una persona resuelta y firme.

¿Quién podía dudar de esto cuando leía frases como la siguiente?

"Los Comités Clandestinos Revolucionarios Indígenas son indestructibles, tienen desde que fueron formados un escalafón de mando. Si uno o varios caen, ya otro o ya varios toman su lugar y sus relevos futuros se alistan. Tendrán que aniquilarnos a todos, absolutamente a todos, para detenernos por vía militar. Y siempre les quedará la duda de si no habrá quedado alguno por ahí que vuelva a iniciar todo".

O esta otra:

"...nosotros sabemos que nuestra lucha no terminará nunca, ni siquiera con la última gota de sangre del último de nuestros combatientes. Si el gobierno federal está dispuesto a cobrar con sangre nuestras demandas de justicia, libertad y democracia, no dudaremos en pagar el precio".

Con todas sus advertencias, rayanas en el *ultimátum*, licencias poéticas, silogismos aristotélicos y reflexiones filosóficas, Marcos había alcanzado ya casi la categoría de héroe popular y seducido al sector más difícil de cortejar: los intelectuales, que lo consideraban un miembro distinguido de su selecta cofradía.

No resultaba, por tanto, extraño que el 18 de enero de 1994, cuando se votaba para elegir a un gobernador sustituto, que reemplazara a Elmar Setzer, en el seno del Congreso local, el diputado del PRD, Jack Demóstenes Muñoz propusiera al subcomandante Marcos.

A la hora de ser leída la papeleta con el voto, un aplauso atronador resonó en el edificio legislativo.

--¿Quién propuso al subcomandante Marcos? ¿De quién es esa papeleta? ¿Quién es el oportunista?-, se preguntaron algunos de los miembros de la sala.

-- Yo propuse al subcomandante Marcos para gobernador de Chiapas; no es una propuesta de mi partido; voto por él porque es una gente del pueblo que está luchando por el pueblo-, respondió el legislador.

No había duda, la curva de popularidad del subcomandante se hallaba en el cenit. Sin embargo, no faltaba la maledicencia contra el "hombre del pasamontañas" y sus colegas encapuchados.

Un columnista del diario *Reforma*, autollamado *El Abogado del Pueblo*, tronaba indignado contra los dirigentes zapatistas que se ocultaban el rostro:

"Que en esta sublevación hay una *mano negra* con turbios propósitos muy lejanos al bienestar indígena es evidente", afirmaba rezumando bilis. "Para empezar notarán ustedes que, a diferencia de la tropa campesina, los líderes del ejército zapatista todos ocultan sus rostros detrás de pasamontañas.

¿Ya se preguntó usted, lector, qué esconden? !Esconden sus rasgos no-indígenas! Son los líderes, algunos, gente blanca de ojo claro, probablemente mercenarios europeos o anglosajones, o ex miembros de la ETA, o esbirros del cártel de la cocaína que han convencido (o comprado) a los marginados inconformes para que tomen las armas en nombre de una *mafufada*. (47)

El subcomandante Marcos, el enigmático cabecilla rebelde, el hombre de los "ojos verdes" que mantuvieron por un tiempo nerviosos a los dueños del poder, probablemente no era en realidad -y eso se iba a saber después- una figura que impresionara, ni el prototipo de un guerrero, pero era ya un héroe popular, una especie de David que desafió al Goliat, el gigante filisteo y que puso en jaque a un rígido sistema unipartidista que se había agotado después de ostentar una abrumadora hegemonía de más de 6 décadas.

Marcos y sus seguidores descubrieron al mundo un estado que bien podía equipararse con cualquier villorrio africano.

Se trataba, en efecto, de un estado que generaba el 55 por ciento de la energía eléctrica del país, pero donde una de cada tres viviendas estaba a oscuras; un estado con ricos mantos de petróleo en su subsuelo, pero donde virtualmente el millón de indígenas que lo habitaban comía sólo tortillas y *botí* (frijoles), se cobijaba con miserables casuchas de madera y techo de paja. Un estado donde unos pocos se apropiaban de la riqueza de la mayoría.

Esa es la descarnada realidad que Marcos y los otros zapatistas develaron al mundo, denunciando la existencia del México de *tierra adentro* que iba más allá del país moderno y pujante, con adelantos tecnológicos y dirigentes tecnócratas educados en las universidades del primer mundo.

¿Héroe o villano? ¿Quién dictamina sobre esta categoría? ¿Los gobernantes en turno? ¿Quién sabe si algún día, ya sin capucha, el subcomandante Marcos sería honrado con estatuas de bronce o mármol en las plazas públicas, con bustos en las estanterías de los funcionarios públicos? Para giros, los que da la historia, una damisela muy caprichosa que no siempre es la *juez inapelable* que describen algunos románticos.

Podrían tal vez condenarse los métodos, pero no los orígenes. La misma iglesia católica había reconocido la existencia de *guerras justas*. ¿Esta era una de ellas? El tiempo lo diría.

## 8. *Tierra y Libertad*: una consigna vigente

*"Somos el fruto de la tierra y  
sin la tierra no somos nada".*

Genaro Domínguez

En el momento en estaba todo listo para iniciar el diálogo entre el gobierno y el EZLN, a pocos les quedaban dudas en México de que si las autoridades querían realmente resolver desde la raíz una de las causas profundas del alzamiento tenían que llevar adelante una auténtica reforma agraria.

El grito de *!Viva Zapata!* y de *Tierra y Libertad*, la vieja consigna del insurgente de Anenecuilco, no parecía extemporáneo en la realidad feudal de Chiapas. John Womack, el autor de una de las más celebradas biografías del guerrillero morelense, dijo no haber hallado ningún vínculo entre la lucha de Emiliano Zapata y la del EZLN. Lo cierto es que algunos indicios mostraban todo lo contrario.

Para la dirigencia zapatista y para líderes indígenas, el detonador de la lucha armada en Chiapas fue la reforma al artículo 27 Constitucional, aprobada en diciembre de 1991, que prácticamente borró de *un plumazo* el ejido, privatizando la tierra cultivable. El ejido fue quizá el único fruto del movimiento agrarista de Zapata.



El mismo subcomandante Marcos afirmó en una entrevista a principios de febrero que la "brillante idea" del "supremo gobierno" de reformar el artículo 27 constitucional "fue un poderoso catalizador en las comunidades" indígenas de Chiapas para iniciar la insurrección.

"Esas reformas cancelaron toda posibilidad legal de tener tierra, que era lo que finalmente los mantenía como grupo paramilitar de autodefensa" a los primeros grupos que conformaron la guerrilla zapatista, decía Marcos.

El dirigente rebelde señalaba que también el fraude electoral de 1988 influyó en el movimiento. "...Pero a mí se me hace que lo que más radicalizó a los compañeros fue la reforma al artículo 27. Eso fue la puerta que se les cerró a los indígenas para sobrevivir de manera legal y pacífica. Por eso se alzaron en armas, para que se les oyera, porque ya estaban cansados de pagar una cuota de sangre tan alta".

El argumento de los indígenas chiapanecos era incontrovertible: "lo que dicen los compañeros es que la tierra es la vida, que si no tienes tierra estás muerto en vida y entonces para qué vives, mejor peleas y mueres peleando, pues". (48)

Genaro Domínguez, líder de la Coordinadora de los Pueblos Indios (CPI) estaba de acuerdo en que "el detonador" de la insurrección armada en Chiapas fue la reforma al artículo 27.

"La reforma agrícola de Salinas ha cancelado el zapatismo y la revolución agraria. Hemos sido devueltos a donde habíamos partido", dijo Domínguez en una entrevista a fines de enero de 1994.

Dómínguez sintetizaba quizá toda la indignación de los 15 millones de indígenas mexicanos a quienes se les arrebató la última conquista revolucionaria.

El propio hijo del *caudillo del sur*, Mateo Zapata, con todo y sus flirteos con el poder, no podía dejar de admitir que "después de tantos años de reclamar justicia, lo sucedido en Chiapas es un mensaje para que el gobierno se quite la venda de los ojos, pues si quiere llevar las cosas en paz es preciso que se revise la reforma al artículo 27, porque de *un plumazo* y no de acuerdo con la realidad y la ley, se terminó con el reparto agrario".

La enmienda constitucional fue anunciada por el Presidente Carlos Salinas de Gortari el primero de noviembre de 1991, en ocasión de su tercer informe anual de actividades ante el Congreso.

En esa oportunidad, al hacer el anuncio de la reforma, llamada por algunos una verdadera *contrarreforma agraria*, Salinas argumentaba:

"Las luchas agrarias han sido esenciales en la formación de nuestro país. Han sido batallas por libertad y justicia en el campo. De ellas tenemos lecciones útiles que aprender.

"Entre los hombres y mujeres del campo la ignorancia no fue la causa de sus luchas, pues éstas se dieron como respuesta a realidades del país.

"La pasión ha existido en sus movimientos, pero sobre todo la inteligencia y la razón: manifestaron una fe trascendente en el poder transformador de la ley, y han contribuido al progreso de la nación". Parecía un aval a la lucha zapatista, si no fuera porque el discurso era pronunciado en un contexto totalmente distinto.

Salinas explicaba que existían 25 millones de hectáreas de labor, de las cuales 5 millones eran de riego, mientras había 6 millones de productores.

"El reparto agrario establecido hace más de 50 años se justificó en su época, y es reconocido hoy en día por su compromiso con los campesinos. En su momento llevó justicia al campo; pero pretender, en las circunstancias actuales, continuar por el camino de antes ya no significa prosperidad para la patria ni justicia para los campesinos. No porque haya fallado la reforma agraria, sino por la propia dinámica social, demográfica y económica a la cual contribuyó la *Reforma*".

Por fin, el primer mandatario explainaba su propuesta:

"Antes, el camino del reparto fue de justicia; hoy es improductivo y empobrecedor.

"Seguir por esa ruta sería traicionar la memoria de nuestros antepasados revolucionarios, defraudar a los campesinos ya beneficiados por el reparto y burlar a los que esperan nueva tierra, hombres y mujeres de carne y hueso, de ideas y sueños".

Remataba el presidente decretando: "el ejido permanecerá, pero promoveremos su transformación" mediante "reformas para garantizar de nuevo la libertad de los campesinos mexicanos en sus luchas por la justicia" en el "espíritu" de la Ley Agraria Zapatista, cuyo lema era "Reforma, libertad, justicia y ley". (49)

Parecía una paradoja: en nombre de Zapata se había creado el ejido; en nombre de Zapata se suprimía. Ese fue el detonante de que hablaba Genaro Domínguez.

Durante los días de su discusión en el Congreso, líderes campesinos, como Alvaro López, coordinador del Consejo Agrario Permanente, advirtieron que la iniciativa presidencial "representa una contrarreforma agraria que no se debe permitir".

Premonitoriamente, los dirigentes advirtieron que "los campesinos saben agarrar los rifles y pueden provocar una nueva revolución". Los dirigentes expusieron que "con Carlos Salinas de Gortari, el presidente Miguel Alemán se quedó chiquito, pues si bien éste creó el amparo agrario para los terratenientes, el actual gobierno impulsa el neolatifundio". (50)

Dos décadas antes, el Partido Acción Nacional propuso algo similar a la iniciativa de reforma al 27 constitucional y, según recuerda *Proceso*, el PRI lo menos que les recordó fue *el Cerro de las Campanas*. (51) Esta vez, sin embargo, el Congreso sumisamente acató la propuesta y la aprobó sin chistar.

A raíz de la reforma al 27, los campesinos se sintieron despojados de lo último que todavía les quedaba o cuando menos tenían esperanza en recibir.

Por eso, una vez iniciada la revuelta zapatista, la asignatura pendiente era, sin duda alguna, la reforma agraria.

Fernando Benítez consideraba que una vez aceptada la amnistía por parte del EZLN "el problema recaerá sobre todo en la Secretaría de la Reforma Agraria, por la sencilla razón de que los funcionarios de esa secretaria siempre rechazaron las peticiones de los indios, y en cambio protegieron a los caciques y a los políticos".

No obstante, Benítez matizaba diciendo que "quitarles sus tierras robadas no sera fácil".

El autor de *Los Indios de México* recordaba una declaración del ex Secretario de Gobernación, Patrocinio González Garrido:

"El obispo Ruiz dice que los indígenas fueron despojados de sus tierras y que deben regresárselas. Yo le pregunto al obispo que si así ocurre, adonde vamos a vivir los mestizos como él y yo".

"El gobernador confesó que vivía en tierras robadas y como los caciques y el mismo Absalón no podían vivir sin sus tierras robadas a los indios", afirmaba el escritor, quien atribuía el fracaso de Pronasol en Chiapas, con todo y su ayuda millonaria, al hecho de que "las tierras de los caciques no fueron tocadas, porque no se alteró el monopolio de la carne, del café, del tabaco, de los cocoteros, de los plátanos o del comercio". (52)

El mismo candidato del PRI a la presidencia Luis Donald Colosio, que había de tener la desgracia de ser asesinado el 23 de marzo de 1994, hizo acto de fe agrarista al señalar un mes después de iniciar la rebelión chiapaneca que "la proclama de Tierra y Libertad es hoy todavía exigencia de justicia. Es condición para la paz, para la estabilidad del país y para la superación de la pobreza como destino... La nación no puede seguir adelante con este abismo de marginación y de atraso".

Teniendo como evidente telón de fondo el caso de Chiapas, Colosio decía en la cuna de Zapata, Anenecuilco, que "tal vez estemos ante la última oportunidad de responderles (a los campesinos) en condiciones de paz, de estabilidad política".

Ciertamente, en Chiapas hacía falta una reforma agraria porque, como decía Mateo Zapata, en el estado "nunca pasó la Revolución Mexicana" debido a que "existen fincas cafetaleras administradas por alemanes, persiste el latifundio y el reparto desigual de tierra".

Esta declaración está en la misma sintonía del análisis de Lorenzo Meyer, para quien había hasta los tiempos de la rebelión del EZLN una "excesiva concentración de la riqueza" en Chiapas, donde "prácticamente no hay clase media".

"La propiedad de las tierras particulares -cuyo valor es tres veces el de las ejidales- está muy concentrada; de las 30,000 propiedades privadas, 44 representan el 25 por ciento del total. Esa es la base de la élite del poder chiapaneco y contra la que se dirige la rebelión".

Meyer también recordaba los conflictos frecuentes entre ganaderos y comunidades y ejidos indígenas y la quema de poblados indígenas por parte de la policía estatal, como el caso de Monte Líbano, en Ocosingo, que fue incendiado tres veces, entre 1979 y 1982. (53)

Los ganaderos, sin embargo, afirmaban que no había latifundios en los municipios en conflicto y, por el contrario, contaban con derechos de explotación de extensiones "muchas veces menores al promedio nacional".

La Asociación Ganadera de Las Margaritas, donde estaba el rancho de donde fue secuestrado el ex gobernador Absalón Castellanos,

aseguraba que "no hay latifundios afectables" en el teatro de las hostilidades. No mencionaba para nada la posibilidad de que existieran latifundios encubiertos. (54)

El 21 de enero de 1994, en la cabecera municipal de Ocosingo, se desarrolló una singular marcha. Las consignas, en medio de la guerra zapatista, parecían demasiado audaces para el momento, cuando *el horno no estaba para bollos*, como reza el conocido refrán popular.

"!Acábenlos de una vez, aniquilen a todos esos de una vez por todas!", gritaban enardecidos ganaderos de Los Altos y la Selva Lacandona. "¡Que se acabe, se aniquile de una vez por todas a esos indios zapatistas. Que se aplique la ley. Todos somos gente decente y queremos paz. Aquí no hay caciques ni terratenientes!", gritaban esos hombres bien vestidos y bien comidos.

Nadie se imaginaba a esos ganaderos pasando penurias para conseguir pan o leche para sus hijos.

Sin embargo, afirmaban lastimeramente: "Lo hemos perdido todo, de lo que hemos vivido toda la vida y que ahora está en poder de los zapatistas, sin que el gobierno haga nada".

No eran hombres vestidos en harapos; no tenían las carnes pegadas a los huesos; no parecía que tuvieran viviendas de paja y de una sola habitación.



Eran, en realidad, los verdaderos dueños de las tierras, del dinero y del poder en Chiapas. Modernos señores feudales. Caciques *de horca y cuchillo* y *dueños de vidas y haciendas*. Sin embargo, se quejaban de estar "pasando momentos de desesperación".

Probablemente había algunos sinceros, pero la mayoría quizá formaba parte de la élite de los terratenientes.

Algunas de las ideas y declaraciones expresadas esa jornada memorable parecían dictadas por el desaparecido Roberto D'abuisson", el creador y patrocinador de los *Escuadrones de la Muerte* en El Salvador:

"Si los indios no tienen es porque son flojos y porque no producen ni lo que se comen. La gente que tiene es porque trabaja: los indios no producen ni para ellos mismos", decía una mujer llamada Lorena Ordóñez. (55)

A pesar de la oposición de los ricos terratenientes, la reforma agraria parecía ser una de las opciones para solucionar los problemas ancestrales de Chiapas. Muchos autodenominados "pequeños propietarios", pero en realidad latifundistas encubiertos, lo sabían y llegaron a declarar que si el gobierno iba a afectar parte de sus tierras, lo mejor era que se les indemnizara bien.

No todos, por desgracia, pensaban igual y el gobierno se enfrentaba a una *papa caliente* en su propósito de desatar el *nudo gordiano* del conflicto, pero sabía que esa era una de las grandes decisiones que debía tomar si quería evitar nuevos estallidos de violencia. La pregunta que en ese aciago enero del 94 gravitaba en el ambiente era: ¿se mantendrá inalterable el artículo 27?

## 9. Los errores y los horrores de la guerra

*"Me hice el muerto, me tiré al piso, me quedé bien quietecito. Of la balacera toda, ví caer a muerto a mi lado. Eran los federales que no distinguían entre guerrilleros y civiles. Disparaban pa' todos lados".*

Indígena de San Quintín, de visita en Ocosingo los días de combates en la ciudad.

Desacostumbrados a actuar en un campo de batalla, así sea convencional, después del largo período de estabilidad postrevolucionaria -la pax del PRI- los protagonistas del conflicto armado en Chiapas cometieron innumerables equívocos que pudieron haber resultado trágicos. La guerrilla, aunque se hubiera aprendido de memoria los manuales del Ejército mexicano y del *Pentágono*, cuando se enfrentó *in situ* a los militares demostró la novatez y el nerviosismo del aprendiz.

Las tropas regulares también incurrieron en errores que pudieron haberles costado muchas bajas y que sólo se las ahorraron porque los zapatistas no quisieron hacerles pagar un alto costo de sangre sus erratas o bien porque tampoco el EZLN supo capitalizar estas equivocaciones.

Pero en el entramado de los errores se sumaron los horrores, aquellos abusos contra los derechos humanos cometidos por las dos partes en conflicto por ignorancia, por falta de continuidad en la cadena de mandos, por el caos imperante o, lo que es preocupante, por acciones premeditadas y sistemáticas. En estas violaciones también estuvieron involucradas autoridades civiles y personas que aprovecharon la situación reinante para cobrarse cuentas pendientes y hacerse justicia por mano propia.

Esta es parte de la historia -contada en retazos por algunas de sus víctimas y actores- de los errores y los horrores de la guerra de Chiapas.

Epigmenio Ibarra, un periodista veterano de los conflictos armados centroamericanos, un temerario informador que con la cámara al hombro salvó la vida milagrosamente a pesar de estar muchas veces en medio de las balas, conoce bien de este tipo de guerras.

"Epigmenio es un loco", decía alguna vez un corresponsal de guerra japonés sobre el comportamiento habitual del periodista mexicano en El Salvador. Durante algunos de los más fragorosos combates de una de las grandes ofensivas del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), "todos estaban en el suelo", recordaba el periodista, "pero Ibarra no dejaba de filmar, de pie".

Pese a esta audacia suicida, Epigmenio Ibarra sobrevivió a los conflictos y gracias a ello pudo dar testimonio de las peculiaridades de la guerra chiapaneca.

Desde la perspectiva de este observador privilegiado, considerando sobre todo los 12 días de hostilidades con que inició el conflicto chiapaneco, el ejército mexicano actuó con "prudencia" pero también "con retraso e inexperiencia".

El ejército no chocó "frontalmente" con los rebeldes y se limitó "a mostrar su fuerza en desplazamientos impresionantes aunque poco efectivos", dice Ibarra.

Cuando se colocó en "posición de combate", lo hizo "con lentitud, evidenciando los muchos años de paz y el anquilosamiento de los mandos locales".

Para el periodista mexicano, los mandos también respondieron en forma "desproporcionada" e "ineficiente" al atacar "con bombardeos a los francotiradores" demostrando que "el miedo impone reacciones desmedidas". En realidad no se demostró (y el propio ejército lo negó siempre) que haya habido bombardeos, sino sólo disparos con *rockets* o cohetes que, a final de cuentas, también matan.

"Lo cierto es que los bombardeos a tan gran altura, más que homicidas o indiscriminados son *estúpidos*."

"Las fuerzas que se pretenden destruir pueden eludir muy fácilmente a pilotos que no alcanzan a verlas y que libran un combate contra enemigos muchas veces inexistentes. No hay órgano de puntería que garantice precisión en esas condiciones", dijo el periodista.

Debido a esos errores, el ejército tuvo que cargar "el *San Benito* amplificado de *masacrador de inocentes*", dice Ibarra. (56)

También en tierra, el ejército no supo hilvanar una buena estrategia contrainsurgente. Se recuerdan los largos convoyes, de hasta dos kilómetros (según informes de testigos narradas a periodistas en la zona) que avanzaban tratando de intimidar a los zapatistas, anunciándose como si se tratara de una caravana circense.

"El uso masivo de fuerzas es sólo, otra vez, una receta contra el miedo propio. Los zapatistas o no han querido, o no han sabido aprovechar la oportunidad. Golpear un convoy, causar un número considerable de bajas en este terreno, es como pegarle al *grandulón* una patada en la espinilla", señalaba Epigmenio Ibarra. (57)

Corresponsales con experiencia en la guerra salvadoreña consideran que hubiera bastado una granada lanzada a un camión de transporte de tropas para matar a 40 ó 50 hombres.

Quizá los zapatistas no quisieron dar un golpe tan sangriento que los hubiera desacreditado o en realidad su inexperiencia e ingenuidad les impidió asestar esta embestida contra el enemigo.

El mismo comandante Marcos explicó esta actitud en una entrevista. "No salimos a la guerra el primero de enero para matar o para que nos maten. Nosotros salimos a la guerra para hacernos escuchar".

Los zapatistas también incurrieron en errores que en algunos casos les resultaron fatales.

Algunos combatientes, después de enfrentarse con el ejército, se ocultaron en algunas viviendas, lo que motivó a los militares a practicar allanamientos y hacer detenciones muchas veces injustas. Asimismo, después de pelear, los insurgentes se iban al mercado a almorzar, corriendo el riesgo de ser detenidos, aún cuando se despojaron de su uniforme, pues en comunidades tan pequeñas eran fácilmente identificados.

Otro de los errores fue haber dejado que la población saqueara los comercios que ellos primero abrieron por la fuerza para sacar medicinas e implementos indispensables para su lucha. Para muchos enemigos de los zapatistas fue muy fácil decir que los propios guerrilleros fueron los que incurrieron en esos actos de rapiña.

Testimonios recogidos en los primeros días de combates señalan que junto a muchas personas desplazadas que caminaban o se trasladaban en automóviles a zonas seguras, se veía a grupos de guerrilleros con machetes y cuchillos transitando solitarios en algunos caminos.

Aparentemente habían perdido contacto con sus mandos, sin saber a donde ir. Se supone que deberían haberse replegado a las zonas controladas o a los campamentos guerrilleros.

"Se les veía extraviados, confundidos, sumidos en la desorientación y el temor", dicen quienes los avistaron. Eran unos guerrilleros debutantes y desde luego muy ingenuos, puesto que fácilmente hubieran caído en manos del ejército.

Otros errores de los zapatistas fueron de táctica. Cierto es que usaron el elemento sorpresa y atacaron simultáneamente, pero el hecho de quedarse en una ciudad como San Cristóbal, de 90 mil habitantes, fue un error mayúsculo que pudo costar muchas vidas. El ejército no entró para sacarlos quizá pensando que hubiera habido una carnicería de civiles. Si hubiera cercado la ciudad por los 4 costados, fácilmente los hubiera emboscado. ¿Erró también ahí el ejército? ¿Los zapatistas no midieron el peligro? También atacar de día las instalaciones de Rancho Nuevo, el 2 de enero, era un acto suicida para la insurgencia. Ahí el ejército no causó grandes bajas a la guerrilla por razones extrañas. Hubiera podido hacerlo.



Pero los errores de ambos bandos fueron ampliamente superados por los horrores. La historia de los hechos que ocurrieron del "lado oscuro" de esta guerra estuvo escrita con sangre y con el amargo sabor de la tragedia.

En estos abusos no sólo hubo un verdugo ni una sola víctima. El ejército fue acusado de cargar con buena parte de la responsabilidad, pero también se lanzaron acusaciones contra los zapatistas y la sociedad civil, como lo señaló la misma Comisión Episcopal para coadyuvar a la reconciliación y a la paz en Chiapas.

"No faltan violaciones a los derechos humanos, no solamente de parte del EZLN o del Ejército Mexicano, sino también de parte de algunos miembros de la sociedad civil de los diversos pueblos, como señalamientos injustos e irresponsables que provocan detenciones y otras consecuencias dolorosas", decía el informe del 4 de febrero rendido por la Comisión después de su segunda visita a la zona de conflicto del 26 al 29 de enero de 1994.

El reporte era estremecedor y al mencionar los "factores negativos que están frenando el proceso de paz" hablaba de "las ancestrales divisiones que se viven en familias, grupos y pueblos, cuyas raíces principales parecen la discriminación racial y las diferencias económicas, sociales y políticas".

Se advertía también "una tendencia fuerte a buscar culpables a quienes responsabilizar del conflicto, en vez de aceptar la propia responsabilidad".

"La amplia zona ocupada actualmente por el EZLN, según la opinión de la gente de las poblaciones visitadas, refleja las características de una tierra con ley distinta a las nacionales: retenes propios, impuesto de guerra, permisos para poder viajar, restricciones para sacar sus pertenencias, expulsión de personas que no están con ellos, enajenación de bienes, etc.

Por otra parte, las poblaciones cercanas a las zonas del conflicto en las que hay destacamentos del Ejército Mexicano, sufren las consecuencias de las incursiones de vigilancia no violenta, no sólo en la cabecera, sino en los ejidos. Esto atemoriza a la gente e impide que hagan su vida normal: los niños sin escuelas, no hay libre circulación y, en algunos puntos, hay confiscación de víveres por temor de que sean llevados a los zapatistas"

El cuadro se completaba con la denuncia de que aumentaba "día a día el número de los desplazados y desposeídos" que llegaban a las cabeceras, a los albergues o a "hacinarse con parientes y familias amigas".

"El hambre y la desnutrición de niños y adultos se ve en sus rostros. Aunque en los albergues están recibiendo alimentación y alguna atención médica, hace falta aumentarlas. Los lugares de albergue no tienen los necesarios servicios higiénicos, de modo que si esta situación, ya de por sí crítica, se prolonga, podría ser más seria", decía el documento.

Esta era la realidad imperante y sólo se habían registrado 12 días de hostilidades. ¿Qué se podía esperar si los combates se reanudaran para prolongarse indefinidamente?

Entre otros casos de abusos, la iglesia señalaba el drama en Oxchuc, un poblado donde ya existía una gran confrontación política desde antes del levantamiento zapatista. Oxchuc merece una mención aparte.

Algunos testigos y víctimas directas de abusos narraron al autor su situación. El 16 de enero de 1994, llegó el ejército y alentado por el alcalde Emilio Gómez Santos, procedió a practicar allanamientos en busca de presuntos zapatistas.

Los militares en realidad se limitaron a observar mientras miembros de la policía militar procedían a ingresar a las viviendas y a sacar violentamente a supuestos guerrilleros para encarcelarlos.

"Al principio eran los militares los que cateaban las casas, pero luego fueron los policías municipales los que se ensañaron con la gente y la sacaban tratándola peor que a animales", relató Margarita Gómez, cuyo esposo Alejandro Santis figuraba entre los detenidos.

Todos los arrestados formaban parte de una organización llamada *Tres Nudos* constituida para obtener créditos y gestionar demandas.

El alcalde, empero, le había declarado la guerra a este grupo presumiendo que representaba una amenaza para su cacicazgo político. Aprovechando la insurrección zapatista, el alcalde y su grupo decidieron acabar de una vez por todas con sus enemigos políticos.

Margarita Gómez narró que a un hombre llamado Miguel Gómez "le pegaron los policías con varillas en la cabeza y se pararon sobre su cuerpo. Daba gritos por el dolor hasta que quedó como muerto. Después fue arrojado como un *cochi* (cerdo) dentro de una camioneta".

En la misma población, otra mujer llamada María Gómez Santos, maestra de educación indígena, contó al avispero de periodistas que se encontraban virtualmente "acuartelados" por aquellos días en el hotel Diego de Masariegos, de San Cristóbal, que un grupo de personas instigadas por el alcalde la despojó de sus cheques salariales, la pateó e intentó desnudarla como pretendiendo violarla.

"Me gritaban que debía entregarles a mi marido, porque era guerrillero y fabricaba armas", dijo sollozando la mujer.

"Golpéenla hasta que entregue a su marido; lo vamos a matar de una vez", gritaban algunas personas al servicio del alcalde mientras la mujer yacía en el suelo, según su propio testimonio.

Sobre la situación en Oxchuc, la propia comisión de la jerarquía católica denunció casos especiales de abusos.

En esta localidad "no han faltado graves venganzas debido a rencillas e injusticias de tiempos pasados", señalaba la comisión eclesiástica, integrada, entre otros, por Adolfo Suárez Rivera, Arzobispo de Monterrey y presidente del Episcopado Mexicano; Samuel Ruiz, el obispo de San Cristóbal y Felipe Arizmendi, obispo de Tapachula.

Muchos casos como éste fueron hechos públicos. Sin duda uno de los casos de violación de los derechos humanos más grave fue el de la presunta ejecución de 5 hombres en el tiroteo de Ocosingo.

En un primer dictamen, tanto la Procuraduría como la CNDH se apresuraron a desmentir que se les hubiera aplicado el "tiro de gracia". Después las autoridades dijeron que se había producido una confusión de cuerpos. El 3 de febrero de 1994, el *ombudsman* Jorge Madrazo dijo que el caso "puede constituir una ejecución sumaria, desde el punto de vista *teórico-técnico*".

Cuatro de los cadáveres presentaban un balazo en el cráneo y uno en el temporal. La ropa que usaban era similar a la de los zapatistas.

Un grupo de mujeres que realizó un recorrido por la zona de conflicto emitió un informe desgarrador sobre la situación de los derechos humanos en la zona.

El documento, suscrito entre otras por la perredista Amalia García y por la sindicalista Berta Luján, denunció "cercos militares de varias comunidades", falta de libertad de tránsito, sobrevuelo de aviones militares, despojo de alimentos por parte del ejército, como lo denunciaría después la jerarquía católica y un estado de sicosis que impedía a muchas mujeres amamantar a sus hijos.

"En una de las comunidades visitadas se reportaron casos de tortura por parte del Ejército", decía el texto. Se mencionaba también que soldados presionaban a personas para firmar documentos solicitando la permanencia de las tropas en la zona de conflicto.

Se decía asimismo que durante tres semanas, hombres, mujeres y niños de algunos poblados se habían alimentado sólo de café sin azúcar y pozol.

El dedo acusador señalaba muchas veces al ejército como el principal causante de esas violaciones.

El comandante del Ejército mexicano en Chiapas, general Miguel Ángel Godínez Bravo, desmintió estas acusaciones y consideró que se le criticaba injustamente.

"Es un sentimiento de decepción que me causa a mí la forma en que se han referido muchos medios al Ejército, cuando realmente lo único que ha hecho es haberse defendido, primero, en sus cuarteles.

"El ejército no salió a atacar ni a perseguir a nadie. Y posteriormente cuando salió de sus cuarteles, fue para ir a desalojar a las personas que estaban ocasionando disturbios, hostilizando a la población civil en sus localidades. Ese fue nuestro único objetivo. Ningún otro", dijo Godínez en una entrevista. (58)

En defensa del ejército no sólo salieron sus miembros. También hubo sectores que vieron detrás de estas acciones una conspiración o un intento de calumniar al cuerpo armado.

Un editorial del diario *El Día* del 5 de febrero analizaba esta cuestión y, aparentemente reflejando el punto de vista de un sector importante de las altas esferas del poder, se preguntaba "¿a quién puede interesarle debilitar a uno de los más importantes pilares de la nación?"

"En el curso de estas semanas se han lanzado en forma aventurada y sin pruebas acusaciones infamantes contra el Ejército al cumplir con la misión de garantizar la seguridad interior. (...) ¿A quién beneficia llenar de calumnias al ejército nacional? (...) ¿A quién puede interesarle que nuestro Ejército deje de ser una institución al servicio de las libertades, de la independencia, de la democracia, del desarrollo social del pueblo mexicano?"

"El ejército mexicano ha actuado en Chiapas para darle seguridad a una población sacada violentamente de su realidad cotidiana, ha coadyuvado a una política de diálogo y a la solución pacífica del conflicto, y estamos ciertos de que es una institución firmemente comprometida con el respeto a los derechos humanos", decía el editorial.

No obstante, las denuncias estaban ahí. El propio congresista norteamericano Joseph Kennedy, sobrino del asesinado ex presidente estadounidense John F. Kennedy, dijo después de una visita a Chiapas que no se podía negar la existencia de "violaciones a los derechos humanos".

La historia negra de Chiapas aún quizá estaba por escribirse.



## CITAS BIBLIOGRAFICAS

1. Herodoto, *Los 9 Libros de la Historia*. México, Editorial Cumbre, 1981, p. 40.
2. Vivaldi, Martín. *Géneros Periodísticos*, México, Prisma, 1968, p. 65.
3. Citado por Máximo Simpson en la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas* Número 86-87, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Oct. Dic. 1976-Ene. Marz. 1977, p. 145.
4. Baena Paz, Guillermina, "Reportaje y Periodismo Futuro", en *Géneros Periodísticos*, México, Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación, UNAM, 1983, p. 55.
5. Scanlon, Paul, *El Nuevo Periodismo en Rolling Stone*. Barcelona, Anagrama, 1977. p. 6.
6. *Ibid.*
7. *Ibid.*
8. Baena Paz, Guillermina, *Op. Cit.* p. 59.
9. *Proceso*, 10 de enero de 1994, p. 6.
10. *La Jornada*, 5 de enero de 1994, p. 25.
11. Salinas de Gortari, Carlos, *Quinto Informe de Gobierno*, México, Presidencia de la República, p. 28.
12. *Ibid.* p. 31.
13. *Proceso*, 17 de enero de 1994, p. 14.
14. Benítez, Fernando, *Los Indios de México*. México, Biblioteca Era, 1981, pp. 147-148.

15. Castellanos, Rosario, *Oficio de Tinieblas*. México, Editorial Joaquín Mortíz, p. 56.
16. *Ibid.*, p. 56.
17. *Expreso*, Tuxtla Gutiérrez, 22 de enero de 1994.
18. *La Jornada*, 20 de enero de 1994, p. 1.
19. *El Tiempo*, San Cristóbal de Las Casas, 23 de enero de 1991, p. 1.
20. *El Nacional*, 31 de enero de 1994, Suplemento *Política*.
21. *Proceso*, 23 de agosto de 1993.
22. *El Nacional*, 9 de enero de 1994.
23. Benítez, Fernando, 1992 *¿Qué celebramos, qué lamentamos?*. Santo Domingo, 1992, p. 59.
24. *Ibid.* p. 187.
25. *La Jornada*, 7 de enero de 1994, p. 11.
26. *Gaceta de Solidaridad* No. 91, 15 de enero de 1994.
27. Agencia *IPS*, 19 de enero de 1994.
28. Fuentes, Carlos, "Chiapas, donde hasta las piedras gritan", artículo periodístico, en *La Jornada*, 8 de enero de 1994.
29. *El Financiero*, entrevista de Rossana Fuentes Beráin, 7 de enero de 1994.
30. *El Nacional*, 9 de enero de 1994.
31. Agustín, José, *Tragicomedia Mexicana 2*, México, Ed. Planeta, col. Espejo de México, 1993, p. 11.
32. *Ibid.*

33. *El Financiero*, entrevista de José Reveles, 7 de enero de 1994, p. 34.
34. *Proceso*, 24 de enero de 1994, pp. 24-28.
35. *Op. Cit.*
36. *El Financiero*, 7 de enero de 1994.
37. Paz, Octavio, "Chiapas, ¿Nudo ciego o tabla de salvación?", artículo periodístico en *La Jornada*, 24 de enero de 1994.
38. *Gazeta Wyborcza*, de Varsovia, 10 de julio de 1993.
39. Agencia Polaca *Interpress*, Varsovia, 10 de abril de 1993.
40. Krauze, Enrique, "Memorial: José Pérez Méndez", artículo periodístico en *Reforma*, 9 de enero de 1994.
41. *El Sol de México*, "La labor pastoral retrasó 10 años el estallido: Ruiz", nota informativa sin firma, 11 de febrero de 1994.
42. Méndez Arceo, Sergio, *El Trigo y la cizaña en el catolicismo popular*, México, Ediciones Paulinas, 1977.
43. *Proceso*, 24 de enero de 1994, pp. 54-57.
44. *Reforma*, 11 de enero de 1994, p. 5.
45. *La Jornada*, 1 de febrero de 1994, p. 14.
46. *Op. Cit.*
47. *Reforma*, 5 de enero de 1994. p. 8.
48. *La Jornada*, entrevista con Blanche Petrich y Elio Henríquez, 6 de febrero de 1994, p. 6-7.

49. Salinas de Gortari, Carlos, *Tercer Informe de Gobierno*. México, Presidencia de la República, pp. 56-58.
50. *Proceso*, 11 de noviembre de 1991, pp. 7-8.
51. *Ibid.* p. 10.
52. Benítez, Fernando, "La raíz del problema", artículo periodístico en *La Jornada*, 2 de febrero de 1994.
53. *Cambio 16*, 17 de enero de 1994, p. 17.
54. *La Jornada*, 2 de febrero de 1994, p. 14.
55. *Ibid.*, 22 de enero de 1994, p. 14.
56. *Ibid.*, 16 de enero de 1994, p. 14.
57. *Ibid.*
58. *La Jornada*, 1 de febrero de 1994, entrevista de Blanch Petrich y Epigmenio Ibarra, p. 11.

## **BIBLIOGRAFIA**

Agustín, José, *Tragicomedia Mexicana 2*, México, Ed. Planeta, col. *Espejo de México*, 1993.

Baena Paz, Guillermina, *Reportaje y Periodismo Futuro*, en *Géneros Periodísticos*, México, Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación, UNAM, 1983.

Benítez, Fernando, *Los Indios de México*. México, Biblioteca Era, 1981.

Benítez, Fernando, 1992 *¿Qué celebramos, qué lamentamos?* Santo Domingo, 1992.

Castellanos, Rosario, *Oficio de Tinieblas*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1987.

Herodoto, *Los 9 libros de la historia*. México, Editorial Cumbre, 1981.

Méndez Arceo, Sergio, *El trigo y la cizaña en el catolicismo popular*, México, Ediciones Paulinas, 1977.

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales 86-87, *Los Medios de Comunicación*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Oct. Dic. 1976-Ene. Mar. 1977.

Salinas de Gortari, Carlos, *Tercer Informe de Gobierno*. México, Presidencia de la República, 1991.

Salinas de Gortari, Carlos, *Quinto Informe de Gobierno*. México, Presidencia de la República, 1993.

Scanlon, Paul, *Reportajes, el nuevo periodismo en Rolling Stone*. Barcelona, Anagrama, 1977.

Simpson, Máximo, *et. al.*, *Géneros Periodísticos*. México, Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación, UNAM, 1983.

Vivaldi, Gonzalo Martín, *Géneros Periodísticos*. México, Prisma, 1988.

Warren, Carl, *Géneros Periodísticos Informativos*, México, Prisma, 1988.

Wolfe, Tom, *La banda de la casa de la bomba y otras crónicas de la era Pop*. Barcelona, Anagrama, 1983.

## HEMEROGRAFIA

Agencia Polaca *Interpress*, Varsovia, Polonia, 10 de abril de 1993.

Agencia noticiosa *IPS*, Roma, Italia, 19 de enero de 1994.

*El Sol de Mediodía*, México, D.F., 11 de febrero de 1994.

*Gazeta Wyborcza*, Varsovia, Polonia, 10 de julio de 1993.

Periódico *Expreso*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, diversos números.

Periódico *La Jornada*, México, D.F., diversos números.

Periódico *El Tiempo*, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, diversos números.

Periódico *El Nacional*, 9 y 31 de enero de 1994.

Periódico *El Financiero*, México, D. F., diversos números.

Periódico *Reforma*, México, D.F., 11 de enero de 1994.

Revista *Cambio 16 América*, Madrid, España, 17 de enero de 1994.

*Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 86-87, México, Oct.-Dic. 1976 Ene.-Mar. 1977.